

GARCÍA BALMASEDA, JOAQUINA (1837-1893).

*ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA*

ÍNDICE:

MARÍA INMACULADA

A MI MADRE

LA ESPERANZA

A LA LUNA EN LA PLAYA DE VALENCIA

EL PENSAMIENTO

A DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

NOCTURNO

LA FLOR DEL OLVIDO

LA NIÑA Y LA FLOR DE AZAHAR

APÓLOGO

A MIS ALEGRÍAS

SONETO

DESPEDIDA AL AÑO 1865

A UN DONDIEGO DE NOCHE

DOS FLORES

BALADA

ANTE UNA SEPULTURA

A LA MEMORIA DE MI BUENA AMIGA D.<sup>a</sup> M. S. DE E.

A SANTANDER

DESPEDIDA

LA CAÍDA DE LA TARDE EN EL CAMPO

EN EL ÁLBUM DE UNA NIÑA

EL CALVARIO

SONETO

UNA FLOR SOBRE UN SEPULCRO

A LA MEMORIA DE MI QUERIDA AMIGA C DE M.

DOS HERMANOS

LAS MINAS  
EN EL ÁLBUM DE DOLORES

MEDITACIÓN

LO QUE PIENSAN LAS NIÑAS  
BALADA

LA FLOR PREFERIDA

A UNA MARGARITA

ANTE EL CADÁVER DE UN NIÑO

UNA MARIPOSA

EN EL VALLE  
A MI QUERIDA AMIGA C.

A CAROLINA CIVILI  
HECHA EXPRESAMENTE PARA EL LICEO PIQUER

¡CARIDAD EN FAVOR DEL ESCLAVO!

EL CRISTO DE VILLAREJO  
LEYENDA DEL SIGLO XV

*ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA*

Hay días de grata calma,  
De tan dulce desvarío,  
Que flores hasta el vacío  
Presta a nuestro corazón;  
Y entre vagas armonías,  
Y entre sueños de dulzura,  
Siente el alma de ventura  
Desconocida emoción;

Y busca un sol más brillante  
Y otro suelo y otras flores,  
Y más risueños colores

Y otro cielo que admirar,  
Y otro lenguaje que exprese  
Lo que el suyo en vano trata  
Que sólo su afán retrata  
Con incierto suspirar...

Mas ¡ay! que en cada suspiro  
El alma al espacio vuela,  
Y nueva vida recela  
Que no acierta a definir,  
Y llorando de ventura  
Por delicias no esperadas,  
Siente dichas ignoradas  
Y pide en ellas morir!

Y pasan las horas  
En rápido vuelo,  
Y el alma levantan,  
Levantan al cielo...  
Mas ¡ay! que ni a él llega  
Ni en la tierra está.  
Y es que, hay otro mundo  
Latente, escondido,  
De castas delicias  
Purísimo nido,  
Y el alma que siente  
A ese mundo va!

Y vienen horas en cambio  
En que sin razón segura,  
Nos envuelve la amargura  
Con su fúnebre crespón;  
Y sin saber por qué lloran,  
Lloran sin tregua los ojos,  
En tanto que los enojos  
Rebosan del corazón;

Y ni matices las flores  
Nos muestran en su corola,  
Ni la luna su aureola,  
Ni vemos el sol brillar;  
Ni los cantos escuchamos  
Con que las aves se entienden,  
Y hasta sus ecos ofenden  
Y doblan nuestro pesar.

Y huyendo de cuanto bello  
El alma en su torno mira,  
Por otro mundo suspira  
Y a otro mundo quiere ir,  
Mundo en donde su amargura  
Más alta y más ancha viva,  
Buscando a su pena vida  
Y ansiando en ella morir!

Y pasan las horas  
En amargo duelo,  
Y el alma levantan,  
Levantán al cielo...  
Mas ¡ay! que ni a él llega,  
Ni en la tierra está.  
Y es que hay otro mundo  
Latente, escondido,  
De santos dolores  
Purísimo nido  
Y el alma que siente  
A ese mundo va!

En alas del sentimiento  
Más que de la fantasía,  
Volé un día y otro día  
A esa ignorada mansión;  
Y en sus espacios perdidos  
Estas hojas se trazaron,  
Y una tras otra brotaron  
De mi pobre corazón.

Por eso hoy al darles nombre  
Con que entrar en este mundo,  
Las llamo, como al fecundo  
Mundo en que las vi nacer;  
Y aunque aparezcan desnudas  
De galas del pensamiento,  
Tendrán las del sentimiento  
Del mundo que los dio ser!

MARÍA INMACULADA

Sólo se alzó hasta Ti mi pobre acento

En oración cristiana:  
Nunca osó temeroso el pensamiento  
De humilde inspiración bajo el amparo,  
Llegar hasta tu asiento,  
Que cercan los querubes  
y sostienen las nubes  
Sobre el ropaje azul del firmamento.

Nunca, nunca pulsé la lira mía  
Al nombre de María,  
Porque juzgué, Señora, que cantarte,  
Sólo aquellos debieron  
Que del cielo la dulce melodía  
Para sus tiernos cantos recibieron  
Y robaron al arte sus primores  
Su cadencia a los suaves ruseñores,  
Y la arrogancia para alzar su canto  
Al águila altanera,  
Que rauda tiende el vuelo,  
La tierra deja, por la nube rompe,  
Y el sol mismo amenaza en su carrera,  
Y va a perderse en la celeste esfera

Por temor a lo pobre de mi canto  
Hasta tu trono santo  
Mi lira no elevó tímidos ecos,  
Pero ya de mi pecho alborozado  
Se escapa el sentimiento  
Que estuvo hasta hoy callado,  
Y a Ti vuela mi acento,  
Y en pos de Ti se lanza,  
Y ya temor no advierte,  
Que en Ti miro la vida de mi muerte,

Mi norte y mi esperanza.  
Oh! Salve en Ti, María  
A la casta doncella  
Que la cabeza del dragón impío  
Holló bajo su huella;  
La que inclinó su frente  
De su Dios a la voz, y humilde dijo  
Con labio reverente:  
«He aquí, Señor, tu esclava:  
Hágase en mí según tu amor contaba.»

Bendita en Ti la esposa, que su nombre

Enlazó con el hombre,  
Por ser su madre nueva  
Borrando el crimen que aún el mundo llora  
De la Eva pecadora,  
La inmaculada, la cristiana Eva!  
Si una mujer el mundo  
Pudo lanzar de un golpe en el profundo  
Abismo de los males,  
Otra de santa abnegación ejemplo,  
Abrió a los fieles el cerrado templo  
De gracias celestiales...

Raro contraste, singular misterio,  
Que el ánimo suspende, el alma eleva,  
Y hasta su Dios la guía  
Él con liberal mano  
Los males atajó, y augusto quiso,  
Si una mujer la humanidad perdiera,  
Que otra mujer viniera  
Y con su amor la humanidad salvara!

Gloria a la Madre que apuró hasta el fondo  
El cáliz de amargura,  
Y en su propio dolor encontrar pudo  
Tesoro tal de maternal ternura,  
Que acoger le dejó en su amor al hombre,  
Que con feroz, sangriento regocijo,  
Enclavado en la cruz le dio a su Hijo!

Tan sólo quien tuviera  
Origen celestial, y Dios criara  
Para madre del Verbo, y la eligiera  
Para que al hombre mísero salvara,  
Ejemplo tal de amor al mundo diera!

Aunque necia e impía  
La humanidad por madre te negara  
Yo tu gloria cantara,  
Tu piedad implorara el labio mío,  
Por Ti mi frente al polvo se humillara,  
Y con ojos que viven  
Dentro del pensamiento  
Y la luz solo de la fe reciben,  
Sobre el azul del cielo  
Buscárte con fervoroso anhelo!

Oh! Si un día perder debiera el alma  
La venturosa calma,  
Que por mares tranquilos hoy la guía,  
Para lanzarse en mar ¡ay! borrascosa,  
No me quites jamás, Señora mía,  
La fe que en Ti reposa,  
Que con ella mis penas  
No han de creerse de consuelo ajenas.

Mi fe me hizo volver a Ti los ojos,  
Ya por el llanto rojos,  
En esas horas de mortal quebranto  
En que el alma, en aislado sufrimiento  
Y callado tormento,  
Quiere huir de sí propia con espanto;  
Y al volverlos a Ti, cual la tormenta  
Que alborota los mares,  
El iris calma, la bonanza advierte,  
Y al navegante alienta;  
Así en el alma mía  
Huyeron los pesares  
Al invocar el nombre de María!

Qué fuera de los míseros mortales  
Si en tu amor no vivieran y esperaran?  
Quién calmará sus males?  
Quién sus quejas oyera,  
Y por ellos, Señora, intercediera?  
Oh! no; el pesar humano.  
Límite de dolor mayor no alcanza  
Que a perder su esperanza,  
Y eres Tú la esperanza del cristiano.  
Nunca, nunca te pierda el alma mía!  
Sé Tú mi escudo, sé Tú mi consuelo,  
Y el alma acoge y guía  
Cuando deje este suelo,  
Y a más perfecto mundo tienda el vuelo!

Deja que en mis placeres te bendiga  
Y en mi dolor te implore  
Deja que a tus pies llore  
Y mis penas te diga;  
Deja en fin elevar mi pobre canto  
Hasta tu trono santo,  
Y ve, Señora mía,  
Que a falta de ecos de la lira mía

Te ofrece el pecho, con su fe escudado,  
Un corazón en lágrimas bañado,  
Que a Ti reza, a Ti acude y en Ti fía.

A mi madre

He llegado a comprender  
Que al sentir aproximar  
lloras de dulce soñar  
Y de vago padecer;  
Horas en las que esconder  
Ve sus reflejos el día,  
Pidiendo a la noche umbría  
Sin su fúnebre capuz  
Misteriosa, incierta luz  
De tierna melancolía:

En esas horas que son,  
Para quien sabe sentir,  
Horas en que deja oír  
Verdades el corazón,  
Lamentas, no sin razón,  
Que yo, que tanto canté,  
Yo, que al papel trasladé  
Cuanto en el alma sentía,  
Tan solo a ti, madre mía,  
Un canto no consagré.

Mucho has debido sentir,  
Mucho has sabido callar,  
Mucho has podido envidiar  
Mis conceptos al oír,  
Si llegaste a presumir  
Que iba en ellos de partida  
El alma entera escondida,  
Sin decirte nada a ti,  
Cuando eres tú para mí  
Otra mitad de mi vida.

Mas no es así, no te azores;  
Deja que cante a la flor,  
De la aurora el esplendor,  
Del ruseñor los primores;

Deja que entre mis dolores  
Quejas a los vientos dé,  
Ve que si no te canté  
Es que por ti tanto siento,  
Que ni aun poniendo en tormento  
La razón, decirlo sé.

Tú, que de mi pobre gloria  
Tierno vigilante fuiste,  
Tú, que en el seno escribiste  
De mis desdichas la historia,  
Tú, en cuya amante memoria  
Van impresos mis pesares,  
Mis venturas, mis cantares,  
Cuanto el pecho guarda en calina,  
Qué puede decirte el alma  
Que en ti misma no encuentres?

¿Anhelas mis cantos, di,  
Pobres de ingenio y de arte?  
Ellos no pueden pintarte  
Lo que guardo para ti.  
Por eso siempre temí  
El silencio quebrantar,  
Porque antes de profanar  
La santidad del querer,  
Dejo al labio enmudecer,  
Sólo al corazón hablar.

Busca el alma que te llama,  
Todo día, en toda hora,  
En el fuego que atesora  
De mi pupila la llama;  
En mi aliento que se inflama  
Si el tuyo débil advierto  
En mi respirar incierto  
Sino estás al lado mío;  
En el beso que te envió  
Cuando a tu lado despierto.

Búscala al verme luchando  
Víctima de ensueño triste,  
Si a mi lado sonreíste  
Mi espíritu serenando  
Cuando padezco callando  
Por no turbar tu contento

Cuando elevo al firmamento,  
Mi mente y mi corazón,  
Pidiendo a la Inspiración  
Gloria, que en tu frente asiento

Recoge, en fin, con anhelo  
Los pedazos de mi alma  
En esas horas sin calma,  
De tan triste desconsuelo,  
Que ya no encuentro en el suelo,  
Esperanza ni alegría,  
Y a otro mundo volaría,  
Si, cuando el dolor le ahogara,  
El corazón no estallara  
Exclamando: «Madre mía!»

No hay canto que valga, madre  
Lo que tal exclamación,  
Ni pidas al corazón  
Lenguaje que más te cuadre:  
Deja que el pecho taladre  
Con mi propio razonar,  
Y cuando le oigas cantar,  
Falto de arte, pobre de estro,  
Piensa que sólo maestro  
Ha sido en saberte amar!

Noviembre del 66

## LA ESPERANZA

Misterio incomprensible, que sostienes  
La fortaleza, la virtud del alma,  
Que la recibes cuando viene al mundo,

Siempre la amparas:  
Faro consolador del afligido,  
Iris que calma siempre la borrasca,  
Apoyo del espíritu cristiano....  
¡Salve, esperanza!

Eres del niño peregrina estrella,  
Que guías hacia el bien su débil planta,  
Haciéndole entrever gloria y ventura

En el mañana:  
Eres del hombre espíritu intranquilo  
Que le despiertas y hacia ti lo arrastras,  
Le encadenas, le ofreces, le ilusionas,  
Audaz le engañas;

Y vuelves luego a interesarle, y vuelves  
Siempre a jugar con sus mortales ansias,  
Sin que él reniegue de tu dulce imperio

Dicha del alma!  
Eres de la mujer más que la vida;  
Eres la fe que la sostiene y salva!  
Niña, doncella, madre, en ti constante

Sus ojos clava:  
Y si reza, es que tú le dices «ora,  
Que Dios oye clemente tu plegaria:»  
Si sentir deja al corazón, comprende  
Que tú le dices «ama.»

Y si un ángel lo da sobre la tierra  
La bendición de Dios, estas palabras  
Son las primeras que a decir le enseña:  
«¡Fe y esperanza!»

¿Cómo no bendecirte el labio mío,  
Si fuiste por el mismo Dios formada,  
Y eres de nuestra madre cariñosa  
La primera palabra?

¿Qué fuera del amor sin tu alimento?  
¿Sin ti, cómo hacia el bien bogara el alma?  
La virtud, el amor, ¿cómo vivieran  
Sino esperaran!

No se padece pena más aguda,  
Ni se inventó palabra más amarga  
Que ésta que mata, que aniquila el ánimo:  
«¡Sin esperanza!»

¡Es recibir la muerte y no morirse!  
Es quedarse con vida y no gozarla!  
Es no tener sonrisas, ni oraciones,  
Ni fe, ni lágrimas

Dichoso aquel que sus pesares llora  
Y llorando su vista a Dios levanta,  
Tendrá el consuelo que al que en Dios espera,  
Dios siempre manda.

Virtud que al alma vacilante enseñas  
Que hay siempre un mas allá de paz y calma,  
Que sobre las miserias de este mundo  
Dios nos aguarda;

Bendito tu fulgor que el alma eleva!  
Tu poderosa, inextinguible llama,  
Del nacer al morir siempre la vemos,  
Nunca se apaga;

Y ni en ese momento en que la muerte  
Nos acaricia con sus negras alas,  
Supremo instante en que se pierde todo,  
Todo se acaba,

Y ni el beso del padre nos conmueve,  
Ni el acento del hijo que nos llama,  
Ni nos arranca el mundo que dejamos  
Una mirada;

Cesa la mente de esperar, que entonces  
Se eleva, y más creyente, más cristiana,  
Espera que en un mundo más perfecto  
Vivirá el alma!

#### A LA LUNA EN LA PLAYA DE VALENCIA

Si es tu pálida blancura,  
Si es tu mágica dulzura  
La que infunde  
Paz y calma,  
Y difunde  
Dentro el alma  
Ignorado bienestar;  
No huyas tan rápida, espera,  
Plácida y fiel compañera  
Del que llora;  
Deja ruego

Que la aurora  
Nunca llegue  
Tu claro brillo a matar.

No adviertes cómo esta noche,  
Cual flor que rompe su broche,  
Renaciendo  
El alma mía,  
Ya sintiendo  
De alegría  
Bálsamo consolador?  
No adviertes cómo mis ojos,  
Por el llanto siempre rojos,  
Al mirarte  
Se serenán  
Y al nublar,te,  
Tú, se llenan  
De lágrimas de dolor?

Solitaria mensajera,  
Bienhechora compañera  
De quien no ama  
Sol ni día,  
Y te llama  
Y te confía  
Secretos del corazón:  
Confidente de las flores  
Y de los castos amores!  
Yo daría  
Del sol bello  
La alegría  
Y el destello  
Por tu luz de bendición!

Yo te vi alumbrar hermosa  
Entre la enramada umbrosa,  
Arroyuelo  
Que de día  
Sin anhelo  
Visto había,  
Y hermoso me pareció:  
Vi al sol iluminar montes  
Y lejanos horizontes,  
La alta cresta  
La hondonada,  
La floresta

Ponderada...  
Y el alma no impresionó:

Pero los vi a tu luz vaga,  
Y cual misteriosa maga  
Les prestaste  
Tal grandeza,  
Que animaste  
Mi tibieza,  
Y el poder de Dios sentí;  
Y hasta humilde florecilla  
Olvidada por sencilla,  
No encontrara  
Mi deseo  
Flor más cara  
Si la veo  
Iluminada por ti.

Hoy te contemplo a la orilla  
Del mar, y en sus ondas brilla  
Aún más vivo  
Tu reflejo,  
Y apercibo  
En su espejo  
Tus cambiantes rielar:  
Y tu misterioso encanto  
Impresiona el pecho tanto,  
Que a grabarte  
Ya la mente  
Por mirarte  
Eternamente  
Reflejada en ese mar.

Nunca lo hallé tan hermoso!  
Nunca el jardín tan frondoso,  
Ni su esencia  
Tan fragante,  
Ni a Valencia  
Tan gigante  
Como al verla a tu fulgor!  
Que sus torres elevadas,  
Sus campiñas dilatadas,  
Cuanto ostentan  
Sus vergeles,  
Que aún lamentan  
Los infieles

Cual su pérdida mayor;

Encuentro hoy más atrevidas,  
Y sus llanuras vestidas  
Más de fiesta  
Portentosa,  
Porque en esta  
Noche hermosa  
Les da más valor tu luz:  
Y no diera en este instante  
Por un alcázar brillante  
Que alborozaba  
Y maravilla,  
Una choza  
De esta orilla  
Coronada por la cruz!

Solitaria mensajera,  
Bienhechora compañera,  
De quien no ama  
Sol ni día,  
Y te llama  
Y te confía  
Secretos del corazón:  
Confidente de las flores  
Y de los castos amores:  
Dios bendiga  
Tu incolora,  
Luz amiga  
Que atesora  
Bálsamo de bendición!

## EL PENSAMIENTO

-Padre mío, una vez mirando al cielo  
Una niña exclamó:  
Pudo alguno elevarse desde el suelo,  
Y ese azul traspasó?

-No, hija mía, cruzando el ancho espacio,  
Salvando el arbol  
De esas nubes de fúlgido topacio,  
Y atrás dejando al sol,  
Tan sólo el pensamiento a la presencia

De Dios sabe llegar,  
Del Dios cuyo sabor y omnipotencia  
Pudo un mundo crear.

-¿Y qué es el pensamiento?  
-Es la luz pura  
Que Dios mismo encendió,  
Y para iluminar su mente oscura  
Al mortal otorgó.  
Rayo es que nos alumbra en esta vida  
Con vivo resplandor,  
Y va guiando el ser donde se anida  
Hacia un mundo mejor.

Él nos da cuando niños la esperanza,  
Nos da después la fe,  
Que de la suerte en la áspera mudanza  
La mano de Dios ve,  
Y nos enseña luego en los dolores  
Lo que es conformidad,  
Y a esperar que del Iris los colores  
Traiga la tempestad.  
Es el que en la niñez nos da cariño,  
Oro en la juventud,  
Probando al viejo, aconsejando al niño,  
No hay dicha sin virtud.

Es el que de la flor en el aroma  
Nos da grato placer,  
Y de las aves el sentido idioma  
Nos permite entender:  
Es el que del vapor alas creando,  
Nos trasporta veloz,  
Y con alambre mundos enlazando  
Los impulsa a una voz:  
Y el aire aunque te asombre nos concede  
Con firmeza cruzar;  
Y la nube, que el sol romper no puede,  
Y las olas del mar.

Y en los rayos del sol coger nos deja  
Secretos de la luz,  
Y en cada estrella un mundo nos refleja,  
Y la gloria en la cruz!  
Es en fin, hija mía, el pensamiento  
Escala celestial,

Que levanta del polvo al firmamento  
Al mísero mortal!

#### A DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Era yo niña: entre el rumor primero  
Que al pecho llega en plácida armonía  
Cuando de la inocencia prisionero  
Vislumbra ya de la razón el día,  
Tú llegaste hasta mí; dulce y severo  
Lograste conmover el alma mía,  
Y te busqué, y tu nombre aún ignoraba  
Y ya el labio tus versos murmuraba.

Y ellos mi entendimiento iluminaron,  
Santas delicias a mi infancia dieron,  
Y poco a poco levantar lograron  
Mis sentidos, que al fin te comprendieron:  
Mis labios que a cantar tu gloria osaron,  
Entonces para siempre enmudecieron.  
¡Hoy, que de tu valor mide la talla,  
Admira la razón, la lengua calla!

Grande tu misión fue: la patria mía  
Con santo orgullo y con amor te nombra,  
Y el estro de la hispana poesía  
Se alza gigante con tu augusta sombra.  
Sirviéronle a tu rica fantasía  
Del arte los obstáculos de alfombra,  
Y el arte por primero te proclama,  
Y es pedestal el Mundo de tu fama.

Con tu Secreto agravio y tu Venganza  
El alma llenas de mortal pavora,  
De tu Médico admira la templanza,  
De tu Duende mujer la donosura,  
No halla en la primavera semejanza  
Con tus Mañanas de sin par dulzura,  
Y se crece el espíritu, y no es dueño  
Aun así, de alcanzar tu Vida es sueño!

Nadie hasta ti llegó: Lope fecundo  
Camino te abre con su rica vena;  
Tirso, ya picaresco, ya profundo

Su musa ostenta de donaire llena  
Otros cien tras de aquestos dan al mundo  
Joyas que ensalzan la española escena;  
Mas sólo tú hermanaste sutileza,  
Heroísmo, pasión, arte, grandeza!

No debes a la patria agradecida  
Un humilde recuerdo a tu memoria;  
Una losa entre ruinas confundida  
Hoy nos habla tan sólo de tu gloria.  
Olvidote tu patria a quien das vida,  
Cuál página más rica de su historia,  
Mas monumento firme y duradero  
La admiración te da del mundo entero.

No necesitas que unas pobres flores  
Agrupándose al pie de tosca piedra,  
Rindan a tu valer pobres loores,  
Cual débil luz a quien la fuerte arredra.  
Tú las creaste dignas y mejores,  
Que a ti se enlazan cual al tronco yedra,  
Y éstas, que vida del sabor reciben,  
De unos en otros van, y eternas viven.

Quédate, así; y pues sólo en la memoria  
De los que viven, sienten y te admiran  
Debes vivir, justo es si hacia tu gloria  
Mi mente el alma en su entusiasmo giran:  
Tú los llamaste, tuya es la victoria  
Si hoy sienten, piensan y a lo bello aspiran,  
Que otra senda jamás seguir pudiera  
Quien te ha debido su impresión primera.

## NOCTURNO

Ya huyó el sol por occidente,  
Ya va mostrando la luna  
Su aureola;  
Ya la flor dobla su frente  
Por mirar en la laguna  
Su corola:

Ya los pájaros murmuran  
Dulces trinos de amorosa

Despedida;  
Ya las estrellas fulguran  
Sobre la natura hermosa  
Dormecida:

Ya es todo calma y descanso;  
Ni el aura en la selva umbría  
Vuela leve...  
Hasta el arroyuelo manso  
A murmurar cual solía  
No se atreve!

Acuda, pues, el que anhela  
Consuelo, expansión, reposo  
Para el alma,  
Que libre al espacio vuela  
Cuando todo silencioso  
Duerme en calma!

No tema si ríe o llora:  
Nadie escucha sus canciones  
Ni su duelo...  
Implore a Dios, que a tal hora  
Seguras las oraciones  
Van al cielo!

Ven joven, tú que trocaste  
Por mil ensueños de rosa  
Mil engaños;  
Ven anciano, tú que hallaste  
Experiencia dolorosa  
Con los años,

Ven niña, si de amor lloras  
Dicha pasada o presente  
Desventura;  
Ven madre, tú que las horas  
Cuentas ante una reciente  
Sepultura!

Venid cuantos en el alma  
Guardáis dichas o tormentos  
Recatados;  
Ya la noche en santa calma  
Os manda dulces momentos  
Codiciados.

Ella acoge vuestra queja,  
Ella enjuga vuestro lloro  
De amargura,  
o al menos correr lo deja  
Entra su inmenso tesoro  
De dulzura.

Feliz quien busca tal hora,  
Que impregna los corazones  
De consuelo!  
Feliz quien entonces ora,  
Que entonces las oraciones  
Van al cielo!

#### LA FLOR DEL OLVIDO

Es el olvido una flor,  
Que dentro del alma vive,  
Cuyo influjo bienhechor  
Borra cuanto el tiempo escribe  
Con risa, llanto y amor.

Por ella el perdido bien  
No da dicha ni congoja;  
Ella hace pasar también  
Del alma el rudo vaivén  
Que la ilusión ¡ay! deshoja.

No siempre al alma va unida  
Esa flor, dichoso don  
Que a gozar del hoy convida,  
Cicatrizando la herida  
Del llagado corazón.

Hay almas que por correr  
Tras del bien que vieron ir,  
Halagan su padecer,  
Y en los recuerdos de ayer  
Se van dejando morir.

¿Sabéis lo que queda al ciego  
Corazón que nunca olvida?

Una vida sin sosiego,  
Y allá en su fondo escondida  
Una lágrima de fuego.

Mas no podéis comprender  
Los que sabéis olvidar,  
El puro, inmenso placer,  
Que hace el alma estremecer  
Esa lágrima al brotar!

No vale todo el reposo,  
Con que nos brinda el olvido,  
El suspiro misterioso  
Que del corazón medroso  
Lanza el recuerdo escondido!

Es este mundo dejar  
Por el mundo del sentir!  
Es al pasado tornar,  
Y con su pena gozar,  
Y con su dicha sufrir!

Es del tiempo la medida  
Cortar con ánimo fuerte!  
Es la impresión recibida  
Dilatar toda una vida  
Buscando en ella la muerte!

Mas qué digo? No hay placer  
En donde anida el dolor!  
No dejéis llanto correr,  
Aunque el alma a su calor  
Se estremezca de placer.

Olvidad! Fresca y lozana  
Se alza la flor del olvido,  
Brindando altiva y galana  
El bien que su cáliz mana  
Al corazón dolorido.

Y si el alma al abrirla  
Se hace digna de obtenerla...  
Vale el bien de disfrutarla  
La vergüenza de alcanzarla  
Y el baldón de merecerla!

Buscad la dichosa flor  
Que dentro del alma vive,  
Cuyo influjo bienhechor  
Borra cuanto el tiempo escribe  
Con risa, llanto y amor.

Sabéis lo que alcanza el ciego  
Corazón que nunca olvida?  
Una vida sin sosiego,  
Y allá en su fondo perdida  
Una lágrima de fuego!

## LA NIÑA Y LA FLOR DE AZAHAR

(Apólogo)

-¿De dónde vienes? la niña  
Preguntó a la blanca flor.  
-Vengo en alas de tu amor,  
De muy lejana campiña.  
Tu dicha vengo a sellar  
Tu ser uniendo a otro ser,  
Y en ello, de tu deber  
Ejemplo te vengo a dar.

-¿Te trajo mi amor?  
-Sin él  
Nunca a tu lado viniera,  
Que soy de amor mensajera,  
Y del tuyo emblema fiel.  
-Puro es mi amor.  
-Como yo.  
-Dios le creó.  
-Como a mí.  
-Va a gozar la dicha.  
-Sí.  
-Que será eterna.  
-Eso no.

Nada eterno puede ser,  
Y en el mundo en que vivimos  
Todos a inmolar nacimos  
Nuestra ventura al deber.  
Yo flor, de tu amor emblema,

Gocé los bienes mayores  
Que Dios otorga a las flores

Con su voluntad suprema.  
Me daba el aura su arrullo,  
Los pájaros su armonía,  
Y hasta a besar descendía  
El céfiro mi capullo;  
Y orgullosa me miraba,  
Y satisfecha en mi anhelo,  
Cual santa oración, al cielo  
Mi perfume se elevaba.

-¿Por qué el sitio abandonar  
Donde eras tan venturosa?  
-Fue a buscarme aquel que esposa  
En breve te va a llamar.  
Cortome para ofrecerte  
La nupcial diadema en mí,  
Y sacrificar debí  
La suerte mía a tu suerte:  
Mi vida inmolo a los dos,  
Y muero por ti sin pena,  
Que al que labra dicha ajena  
La suya le guarda Dios.

-Ven, pues, y del amor mío  
Emblema y corona sé;  
Fuerzas en mí encontraré  
y seguir tu ejemplo fío.  
-Sí, procura con tu amor  
Tu abnegación hermanar,  
Que eso niña es levantar  
El espíritu al Señor.

Y esposa que en su conciencia  
Halla unión de tal valer,  
A su esencia de mujer,  
Une del ángel la esencia.  
Desde hoy seréis uno en dos,  
Sacrifícate sin pena,  
Que al que labra dicha ajena,  
La suya le guarda Dios.

Calló la flor, que la hermosa  
En su frente colocó,

y en su mirada brilló  
Revelación misteriosa;  
Que si el alma del mortal  
Camina del bien en pos,  
Baja un destello de Dios  
A su frente virginal.

## A MIS ALEGRÍAS

(Soneto)

No os busqué, me buscasteis, y en mi pecho  
Apenas un momento os detuvisteis,  
Porque encontrar sin duda le debisteis  
Para vuestro valer, recinto estrecho.

El corazón en lágrimas deshecho  
Desde que el bien a conocer le disteis,  
No llora el mal que con huir le hicisteis,  
Llora el que al acercaros le habéis hecho.

Avezado al dolor de aciagos días  
Ignoraba el placer de horas serenas,  
Vinisteis, y tan sólo por ser mías

Mostrasteis condiciones tan ajenas,  
Que tuve, al disfrutar mis alegrías,  
En conocerlas mis mayores penas!

## DESPEDIDA AL AÑO 1865

¡Un año más! Con dolor  
Casi te miro partir,  
Si te pude recibir  
Con impresión de temor:  
Nunca esperé que mejor  
Me hicieses pasar tus días,  
Mas hoy que las penas mías  
Se quedan, y tú te vas,  
Creo que llevas detrás  
Mis soñadas alegrías.

No te quedo año a deber  
Dichas, amores, ni gloria;  
No deja en mi tu memoria  
Ni un recuerdo de placer,  
Mas si te vengo a perder  
Sin más penas que contar,  
No extrañes que al ver llegar  
Otro, que más que sentir  
Me deje acaso al morir,  
Quieran mis ojos llorar!

Sin tener que agradecerte  
Anhelara conservarte,  
Que siento que he de llorarte  
Después, de perdido verte;  
Fue de tu vida la suerte  
Derramar luto y pesares,  
Pero en tanto sin azares  
Mi vida arribó a esta orilla  
Como la frágil barquilla  
Que surca revueltos mares.

En otros años, yo vi  
Trocarse en borrasca fiera  
La existencia placentera,  
Que al Ser Supremo debí  
No se borran para mí  
Aquellos años de afán,  
Que no pasa el huracán  
Sin tronchar ramas y flores  
Ni del alma los dolores,  
Sin dejar huella se van.

Adiós, pues, tú que trajiste  
Contra la desdicha mía  
La dulce melancolía,  
Sola ventura del triste:  
Nunca olvidaré que diste,  
Reposo a mi corazón,  
Que a tan dura condición  
Un día pudo llegar,  
Que dicha llegó a encontrar  
El mantener su aflicción.

Ve en paz año de venturas  
Para otros, ¡ay! de dolores!

A los que en bienes y amores  
Diste dichas más seguras,  
Tras de nuevas aventuras  
Irán de tu olvido en pos...  
No temas que entre los dos,  
Alce el olvido su palma:  
Me diste la paz del alma,  
Que es la sonrisa de Dios!

#### A UN DONDIEGO DE NOCHE

No eres flor la más bella entre las flores,  
Aunque guarda tu cáliz seductor  
De preciados matices los primores,  
Y en su fondo perfume embriagador.

Eres, humilde flor, pobre de encanto;  
Más pobre si te cercan las demás,  
Y sin embargo, aunque ellas valen tanto,  
Mi alma te busca, va donde tú estás.

Qué dulce imán entre tus hojas guardas?  
Qué atractivos escondes para mí,  
Que mi ánimo en ganar tan sólo tardas  
Lo que yo tardo en contemplarte a ti?

¡Ah! lo sé; que en la noche silenciosa  
Tu cáliz no se cierra, pobre flor,  
Y cuando todo en derredor reposa,  
Velas cual alma presa del dolor.

Tú, así que el astro rey con tintas rojas  
El mundo inunda de esplendente luz,  
Te escondes, para abrir luego tus hojas  
Cuando tiende la noche su capuz.

Qué tormentos ocultas en tu broche?  
Qué penas que no sienten las demás,  
Para que sólo vivas por la noche,  
Cuando los tristes velan nada más!

¡Ay! también sin reposo el alma mía  
Hierde horas de silencio bienhechor,  
Y huyendo del bullir de alegre día

Busca en la noche alivio a su dolor.

Ambas pedimos a la noche amiga  
Que calme nuestro triste padecer...  
Que mucho, la bendiga y te bendiga  
A ti, que vida tienes de su ser?

Bendigo sí la noche, porque deja  
Tranquilo a Dios mi espíritu elevar,  
Y bendigo su luna que refleja  
A la onda clara del sereno mar;

Y su dulzura triste y silenciosa,  
Que ofrece lenitivo a mi dolor  
Y su brisa, que vaga rumorosa  
Acariciando a la dormida flor;

Y te bendigo a ti, planta querida,  
Porque a su sombra vives como yo,  
Y acompañas al alma dolorida  
Cuyos males el sueño no calmó.

Deja te busque: deja el llanto mío  
Hasta tu puro cáliz descender,  
Y oculta ese tristísimo rocío...  
No más al mundo se le dejes ver!

Él solo dicha leerá en mi frente,  
Tú no dirás que la anubló el dolor...  
Dónde encontrar más digno confidente,  
Débil mujer, que el cáliz de una flor!

## DOS FLORES

(Balada)

Un alma que niña era,  
Y que a las flores amaba,  
A dos flores que admiraba  
Oyó hablar de esta manera

Que hablan las flores, con calma  
Afirma más de un Doctor,  
Y bien puede hablar la flor

Cuando exhala aroma el alma.

-«Ven, la primera decía,  
Yo te daré con mi esencia  
La calma de la existencia,  
Que asegura la alegría.

A mi lado, los pesares  
Hojas son que lleva el viento,  
No hará un pasado tormento  
Que el bien presente acibares;

Que los bienes que pasaron,  
Las ilusiones que huyeron,  
Los amores que murieron,  
Con las dichas que mataron;

En aspirando mi esencia  
Bórranse de la memoria:  
No turbará triste historia  
La calma de tu existencia.

Que uniforme, igual, seguida,  
Sin que el ayer te sujete,  
Sin que el mañana te inquiete,  
Se deslizará tu vida.

-Soy, la segunda decía,  
De condición tan preciada,  
Que al alma privilegiada  
Sólo Dios mi esencia envía.

Y siempre que un ser vulgar  
Se acerca a mi seno puro,  
Por huir su hálito impuro,  
Mis hojas torno a cerrar;

Y luego las vuelvo a abrir  
Al alma que siente y llora,  
Prestándole un bien que ignora  
El que no sabe sentir.

Que los bienes que pasaron,  
Las ilusiones que huyeron,  
Los amores que murieron  
Y las dichas que mataron;

Del alma ricos despojos  
Los conservo yo en mi seno,  
No hay, pues, un corazón bueno  
Que a mí no vuelva los ojos!

Por mí el amor muerto, vive;  
El ser que no es ya, respira;  
Y hasta presente suspira  
Aquel que ausencia proscribe;

Que yo acorto la distancia,  
Yo eslabono las memorias,  
Y hasta eternizo las glorias  
Si les presto mi fragancia.

-Conmigo, tornó a decir  
La flor que primero hablara,  
Nunca volverás la cara  
A lo que ya viste huir!

-Yo para el alma sentida  
Dichas pasadas evoco,  
Dichas que valieran poco  
Si yo no les diera vida!

-A mí me buscan los sabios.  
-A mí me guardan los buenos.  
-Yo borro dichas y agravios.  
-Yo los guardo de odio ajenos.

-Al que Dios da inteligencia  
Aspira mi esencia en calma.  
-Al que da limpia conciencia  
Abrigo me da en su alma.

-Yo busco siempre al más cuerdo.  
-Yo al que siente más, convido.  
-Yo soy la flor del olvido!  
-Yo soy la flor del recuerdo!

Y el alma que las oyó,  
De entrambas flores prendada,  
Fue a cortarlas desalada,  
Y en su fondo las guardó.

Desde entonces aquel alma.  
Siente su eterno luchar...  
Cuando va la una a triunfar,  
La otra le roba la calma.

Y ella va tras el olvido,  
tras el recuerdo en pos,  
Pidiendo en vano a las dos  
El reposo que ha perdido.

#### ANTE UNA SEPULTURA

(A la memoria de mi buena amiga D.<sup>a</sup> M. S. de E.)

Por qué cuando el espíritu te busca  
Y a ti quiere volverse el pensamiento,  
Me encuentro ante una losa funeraria  
Y en medio, ¡ay! Dios, de triste cementerio?

No es mentira? No es obra de la mente  
Presa de horrible, de tenaz ensueño?  
Si ayer aquí, a mi lado te veía.....  
Cómo hoy por todo el mundo no te encuentro?

Pudo la muerte tu vigor, tu espíritu,  
Tu rostro venerable que aún contemplo,  
Tu virtud, tu piedad, tu fe cristiana,  
Reducir a la nada en un momento?

No, no; la muerte aquí quedó vencida  
Si ilusos vencedora la creemos,  
Que el mismo Dios, de tu virtud movido,  
Te redimió del mundo y fuiste al cielo!

Quién como tú, la carga que la suerte  
Sobre sus hombros débiles ha puesto,  
Supo llevar tranquila, resignada,  
Ofreciendo a los suyos digno ejemplo;

Quien su larga carrera por el mundo  
Siguió siempre con ánimo sereno,  
Y los escollos que su pie encontraba  
Logró salvar con generoso esfuerzo;

Bien merece dejar las amarguras  
De este penoso e infecundo suelo,  
Y, con los pocos que perecen justos,  
Junto al trono de Dios tornar asiento!

No has muerto, no; la vida que anhelamos,  
Y en mundo más perfecto comprendemos,  
Ésa es la que por dicha conquistaron  
Las cristianas virtudes de tu pecho.

Y aún tiemblas corazón ante esa losa?  
Aún al verla suspéndese tu aliento,  
Y cuando yo animoso te buscaba,  
Rendido al padecer, ¡ay! Dios, te encuentro?

No temas; esa piedra polvo guarda;  
Siempre vivas en torno suyo vemos...  
Todo junto nos dice: dentro, nada!  
Fuera, la vida siempre, el bien eterno!

Dichosa tú que ha poco entre los vivos  
Eras grosera arcilla cual son ellos,  
Y hoy como a santa, en oración cristiana,  
Te hemos de hablar, si hablarte pretendemos.

Lágrimas te da el alma: con las tuyas  
A volverte alcanzaran el aliento  
Tus hijos, si las lágrimas pudieran  
Alterar los designios del Eterno!

Mas ¡ah! a llorar sin fruto hemos nacido,  
Y aunque envidiarte y no llorar debieron,  
Débil es la razón de los humanos,  
Y cuanto sienten más, la escuchan menos!

Démoste, pues, la vida en la memoria,  
Única que nosotras dar podemos;  
Vida mejor al perder ésta hallaste:  
Viva te verá siempre el pensamiento!

De hoy más, al contemplar tu fría losa  
En medio de este triste cementerio,  
Dándote una oración y una sonrisa,  
Te buscarán mis ojos en el cielo!

## A SANTANDER

### *Despedida*

Si hay dichas que no se acaban,  
Si hay bienes que son eternos,  
Y alegrías que carecen  
De pesar por el reverso;  
Son aquellas que tranquilas  
Blandamente nos mecieron,  
Dándonos gratas dulzuras,  
Dándonos puros contentos.

Estos bienes no se acaban  
Ni borrarlos puede el tiempo,  
Que los conserva lozanos  
El rocío del recuerdo!  
Por él vivirán presentes  
A mi agradecido pecho  
Los días que, venturosa,  
Vi deslizarse en tu seno.

Adiós, Santander, te queda  
Con tus encumbrados cerros,  
Tu coronado follaje,  
Tu melancólico cielo,  
Tus noches de blanca luna,  
Y tu mar ancho y soberbio,  
Que cien naciones distintas  
Arrastra a tu hermoso puerto.

Dios te guarde reclinada  
Con indolente sosiego  
A la sombra de los montes  
Que alzan su cresta soberbios  
Coronados por los árboles  
Que el cuadro forman completo  
De tu hermosura, y les sirve  
De lejano fondo el cielo.

Queda en paz: y si en la noche,  
Cuando duerme el marinero,  
Cuando ni se oyen sus cantos,  
Ni azota el agua su remo;  
Cuando a gemir no se atreve

Entre las hojas el viento,  
Por no turbar de tus hijos  
El blando apacible sueño,  
Oyes un débil suspiro,  
Escúchale, es mi recuerdo.

Es la tierna despedida  
De un agradecido pecho  
Que a tu halagüeño hospedaje  
Debió paz, calma y consuelo  
Dando tregua a sus pesares,  
Que ¡ay! por breve espacio huyeron.  
Triste llegué a tus umbrales:  
Si venturosa no vuelvo,

Se adurmieron mis tristezas  
Mientras que viví en tu seno:  
Por eso tu puro nombre  
Pronunciará con respeto  
El labio; nombre de amigo  
Que llega en triste momento  
Y nos ofrece amoroso  
Ternura, calma y consuelo.

Adiós, Santander, te queda  
Con tus encumbrados cerros,  
Tu corona de follaje,  
Tu melancólico cielo,  
Tus noches de blanca luna,  
Y tu mar ancho y soberbio  
Que cien naciones distintas  
Arrastra a tu hermoso puerto.

No te olvides de quien triste  
Vino a ti y halló consuelo,  
Que si las dichas pasadas  
Viven en el pensamiento,  
Si para el bien fugitivo  
Dios nos otorgó el recuerdo,  
Vivirán siempre en el mío  
Los días que vi en tu seno  
Deslizarse, y mis pesares  
Adormecidos vivieron.

Por eso tu puro nombre  
Pronunciaré con respeto,

Y adonde quiera llevarme  
De mi aciaga suerte el viento,  
Bendeciré tus montañas,  
Tu melancólico cielo,  
Tus noches de blanca luna,  
Y tu mar ancho y soberbio  
Que cien naciones distintas  
Arrastra a tu hermoso puerto!

## LA CAÍDA DE LA TARDE EN EL CAMPO

Al contemplar el cuadro majestoso  
Que hoy ante mí se ofrece,  
Mi espíritu se eleva, se engrandece,  
Y el corazón dichoso  
Admira en él al Todopoderoso.

El céfiro que gime en la enramada,  
El agua, que rugiendo  
Y entre desnudas peñas descendiendo,  
Forma espuma rizada  
Por la inmensa corriente arrebatada;

El bosque umbrío, el valle de verdura,  
El ruiseñor que canta,  
El álamo que al cielo se levanta,  
Todo alegre murmura  
E infunde al alma plácida ventura!

¡Oh! dulzura del campo, siempre ajena  
Del pesar y del dolo,  
Que el bullicio del mundo guarda sólo;  
Del corazón la pena  
Das al olvido con tu paz serena!

Busque el bullicio en incesante anhelo  
Quien dicha en él apura;  
Yo busco en el retiro mi ventura,  
Que en él extendiendo el vuelo  
Y de este mundo me remonto al cielo!

Por eso siempre, de dolor ajeno  
Tu recuerdo querido,  
Calma del valle, llevaré escondido,

Y él conmovió el seno  
De tus recuerdos y dulzuras lleno.

### EN EL ÁLBUM DE UNA NIÑA

No es verdad, niña hechicera,  
Que en tu edad de dulce calma,  
Atormenta ya tu alma  
Desconocida inquietud;  
Por qué sin cesar escuchas  
Que perderás la alegría,  
Cuando tu niñez un día,  
De paso a tu juventud?

No te dicen de continuo  
Que sólo en los tiernos años,  
No hay que llorar desengaños,  
Ni nos aflige el dolor;  
Y mil pesares te auguran  
En tu bella adolescencia,  
Marchitando tu inocencia,  
Que es hoy tu más bella flor?

Te engañan pobre alma mía!  
Dios, que desde el alto cielo  
Cubrió de galas el suelo,  
Y el sol permitió brillar,  
Y otorgó a la flor perfume,  
Y a la luna su luz suave,  
Y mágico acento al ave,  
E inmensa grandeza al mar;

Al formar la criatura  
Le dio un corazón dichoso,  
Y su perpetuo reposo,  
Conservar lo permitió:  
Sólo, niña, aquel que deja  
De la virtud el camino,  
Trueca su feliz destino,  
Pierde el bien que a Dios debió!

Mira esa cándida joven,  
Junto a su madre velando,  
Su santa misión llenando

Cual el ángel del deber;  
Para su madre sonrío,  
Para ella dicha procura,  
Y esto, celeste ventura  
Derrama en todo su ser.

Observa a ese noble anciano,  
Cuyas tranquilas miradas,  
De sus acciones pasadas,  
Te revelan la bondad;  
Y al ver que todos le admiran,  
Le respetan, di con ellos:  
«Bajo esos blancos cabellos  
Reina la felicidad.»

Mira en fin, aquella dama  
Que olvidando su hermosura,  
Pasa una existencia oscura,  
Sin pesares ni dolor;  
Sonríe a su hija en los brazos,  
Al tierno infante en la cuna,  
Y no ansía otra fortuna  
que los lazos de su amor.

Comprenda desde hoy tu alma  
Que el ETERNO, en sus bondades,  
La dicha a todas edades  
Nos concedió disfrutar.  
Sigue tú del bien la senda,  
Y él te la dará fecundo...  
Verás no es tan malo el mundo,  
Cual te lo quieren pintar!

## EL CALVARIO

(Soneto)

En la cima del Gólgota, enclavada  
Se ve una cruz, y de ella un ser pendiente;  
La majestad de Dios muestra su frente  
Y la humildad del hombre su mirada:

En torno suyo muchedumbre airada  
Le insulta y befa con furor creciente,

Apagando su voz triste y doliente,  
Entre una y otra impía carcajada.

Dobla al cabo la faz... los ojos cierra...  
Horrorizado se estremece el suelo...  
Se anubla el sol... la multitud se aterra...

¡Inútil afán ya! ¡Tardío duelo!  
La muerte el Hombre-Dios sufre en la tierra,  
Y nuestra Redención baja del cielo!

### UNA FLOR SOBRE UN SEPULCRO

(A la memoria de mi querida amiga C de M.)

Escondida sepultura  
Por cristiana cruz guardada,  
Que hoy miro con amargura  
Cárcel de quien su ventura  
Tuvo en la ajena cifrada.

No extrañes si a ti al llegar  
Mi débil planta vacila...  
Memorias vas a guardar  
Que con ánimo tranquila  
Nunca podré recordar.

Trémula a ti llegaré,  
Por sólo un momento verte  
Dichosa me juzgaré,  
Y después con alma fuerte  
Eterno adiós te daré.

Vengo a dejarte, una flor  
Nacida en mi pensamiento,  
De mi cariño al calor,  
Que debió riego y sustento  
Al llanto de mi dolor!

Flor ¡ay! del alma arrancada,  
Que entre ventura nacida,  
Debe caer deshojada  
Sobre esta tumba ignorada  
De una ventura perdida!

Quédate por siempre aquí,  
Flor del pensamiento mío,  
Y mis pensamientos di;  
Que decirlos no confío  
Que me deje el llanto a mí.

Emblema de mi dolor  
Y a la par de mi ternura;  
Ven a sellar, pobre flor,  
Una memoria de amor  
Que acaba en la sepultura!

Todas las flores que el viento  
Mueve sobre las demás,  
Vivirán solo un momento...  
Tú, flor de mi pensamiento,  
Siempre, siempre vivirás;

Diciendo a la que obtener  
Supo en vida mi querer,  
Que aún la amo tras de esa cruz,  
Ya que nos dejó por ser  
Junto a Dios ángel de luz!

## DOS HERMANOS

*De un templo en flotantes nubes*

El incienso se elevaba,  
Y puras preces llevaba  
De los fieles a su Dios:  
Y de una fragua cercana  
Blanco humo también salía,  
Y en los aires, parecía  
Que se mezclaban los dos.

«Profano, el primero exclama,  
Santa es la misión que llevo,  
No te acerques, yo me elevo  
Hasta el trono del Señor.»  
Entonces, cual si bajara  
Dulce voz del firmamento,  
Se oyó evangélico acento

Que murmuró con amor:

«Uníos cariñosos los que subís al cielo,  
Tú, fruto del trabajo y tú de la oración:  
Ambos paz y ventura derramáis en el suelo,  
Y ante Dios son hermanos los que en virtud lo son.»

## LAS MINAS

En el álbum de Dolores

Cava y cava el obrero en tierra dura,  
Que en vergel convertida, tal vez fuera  
Gala de la llanura,  
Por si en su centro descubrir pudiera  
Mineral rico que buscar procura,  
Y más, ¡ay! la maltrata  
Si en vez de cobre el minera es plata.

Así en el corazón, Dolores mía,  
Cuanto es de abnegación más poderoso,  
Las penas a porfía  
En él practican más profundo foso,  
Y le dan más tormento  
Cuanto le ven más rico en sentimiento.

Tranquilo el tuyo está; y aún le avaloro  
Más niña que a tu cara,  
Que un ángel por la suya bien trocara:  
Si un día, que ya lloro,  
Busca el dolor las minas que en él guardes,  
No en mostrárselas tardes,  
Y sufre sin reparo;  
Quizá en cada gemido  
Iría envuelto el placer de un ser querido,  
Y el corazón que es bueno  
Halla su dicha en el contento ajeno!

## MEDITACIÓN

Cuando cierra sus pétalos  
La flor embalsamada,

Y las nubes despiden  
Vivísimo arrebol,  
Y murmurando el céfiro  
Oculto entre el follaje,  
Parece que despide  
Al moribundo sol;

Y solitaria tórtola  
Con canto dolorido  
Comienza en el espacio  
Sus quejas a lanzar,  
Y un tinte melancólico  
Se extiende por el valle,  
Hasta que la alba luna  
Le llega a iluminar...

Hay un instante plácido,  
De encanto misterioso,  
En que respira todo  
Indefinible amor;  
Momento en que el espíritu  
Encuentra a sus pesares  
Dulzura misteriosa,  
Consuelo bienhechor;

Que cual celeste bálsamo  
Mitiga los dolores,  
Y la amargura calma  
Del triste corazón:  
Que en ese instante plácido  
El alma se engrandece,  
Y al trono de Dios llega  
En ferviente oración!

## LO QUE PIENSAN LAS NIÑAS

(Balada)

Un parlero ruiseñor,  
Más curioso que atrevido,  
Así decía, escondido  
En el cáliz de una flor.

-Margarita, flor preciada,

Que naces para ofrecer  
Confidente a la mujer  
En su edad privilegiada:

Tú que les puedes mostrar  
La clave de lo futuro  
Y las niñas de seguro  
No te ocultan su pensar:

No me dirás, Margarita,  
Qué es lo que ocupa su mente,  
Y su corazón latente  
Poderosamente agita.

Cuando, simulando enojos  
Tan dulcemente suspiran,  
Y al par que ríen, se admiran  
Las lágrimas en sus ojos?

Dime tú porqué razón  
El carmín su frente baña,  
Mientras su mirada empaña  
Misteriosa turbación:

Por este afán no me riñas,  
Y así te acaricien todas,  
Si a decirme te acomodas  
Qué es lo que piensan las niñas.

-Indiscreto pajarillo,  
Que pretendes conocer  
Lo que guarda la mujer  
En su corazón sencillo,

En esas horas de encanto  
En que, mintiendo dolor,  
Lo cubre todo el amor  
Con su misterioso manto.

Oye lo que saber quieres,  
Y a nadie digas jamás,  
Ya que tú a saberlo vas,  
Lo que piensan las mujeres.

Piensan, al ver que a las flores  
Se acercan las mariposas,

Que al hablar tan cautelosas,  
Deben hablarse de amores!

Piensan, al ponerse el sol  
Tras el lejano horizonte,  
Y reflejar valle y monte  
Tintas de vivo arrebol;

Cuando el céfiro murmura,  
Cuando los pájaros cantan,  
Y hasta el cielo se levantan  
Los himnos de la natura;

Piensan, tras ellos en pos  
Alzando su pensamiento,  
Que es más dulce aquel momento  
Porque en él se adora a Dios!

Piensan, si unos ojos bellos  
Con atrevido mirar  
Hace los suyos bajar,  
Si mirara amor por ellos;

Y cuando bañan su frente  
Los colores del carmín,  
Es que el pensar ya da fin  
Y que el corazón ya siente...

Ay! si al dejar de pensar  
Y al empezar a sentir,  
Quiere el corazón decir  
Lo que la razón negar!

Terrible y mortal dolencia  
Vendrá de esa lucha en pos...  
Pero basta ya por Dios,  
Basta ya de confidencia!

Ya sabes, ave parlera,  
Puesto que saberlo quieres,  
Lo que piensan las mujeres  
En su tierna primavera.

Y la flor dejó de hablar:  
Huyó el ruiñeñor parlero,  
Y lo contó hartito ligero

A otros mil sin vacilar.

Cuando hoy canta el ruiseñor  
Con más cadencia y dulzura,  
Es que aún recuerda y murmura  
Confidencias de una flor.

## LA FLOR PREFERIDA

Hay siempre alguna flor, que sobre todas  
Con sus colores nuestra vista halaga,  
Cuyo perfume, si a nosotros llega,  
Conmueve el alma!

No es la que vale más por más hermosa,  
Ni la que más se estima por más rara,  
La que en su cáliz detener consigue  
Nuestras miradas.

Tal vez la florecilla de los valles  
A quien natura rehusó sus galas,  
Al corazón se ofrece con encantos  
Mil adornada:

Que acaso entro sus pétalos sencillos  
Algún recuerdo misterioso guarda,  
Que nos infunde plácida alegría  
O pena amarga.

Quizá con ella viven enlazados  
Los hermosos recuerdos de la infancia,  
Quizá en ella vertieron nuestros ojos  
La primera lágrima!

Por eso sus matices encadenan  
Con mágica atracción nuestras miradas,  
Y nos parece si ella la perfuma  
Más pura el aura!

Por eso preferimos siempre aquella  
Que a nuestro corazón misterios habla,  
Y por ella olvidamos otras flores  
Aún mas preciadas;

Y cuando se aparece a nuestros ojos  
Su sencilla corola perfumada,  
Dulcísima emoción, vaga ternura  
Conmueve el alma!

#### A UNA MARGARITA

Margarita, Margarita,  
La de la blanca corola,  
La de refulgente cáliz,  
La de recortadas hojas;

Tú que naces en el valle,  
Vives del monte a la sombra,  
Te asustas de los jardines  
Y allá en la pradera moras;

¿Es cierto que eres, cual dicen,  
Florequilla encantadora,  
De los secretos del alma  
Adivina misteriosa?

¿Es cierto que a ti las niñas  
Te cuentan su amante historia,  
Te confían los suspiros,  
Y en ti la mirada posan,

esperando que les digas  
En tu misterioso idioma,  
Por qué de noche no duermen,  
Y por qué de día lloran?

¡Ay! si es cierto que del alma  
Penetras las fibras todas,  
Si es cierto que leer puedes  
Del porvenir en la sombra,

Contesta al corazón mío  
Cuando suspirar le oigas,  
Y cuál es la causa, dile,  
Que su alegría le roba.

Margarita, Margarita,  
La de la blanca corola,

La de refulgente cáliz,  
La de recortadas hojas,

Haz que tu mágica ciencia  
A mi corazón responda,  
Si es cierto que eres, cual dicen,  
Florequilla encantadora,  
De los secretos del alma  
Adivina misteriosa!

#### ANTE EL CADÁVER DE UN NIÑO

Miradle! En sueño plácido  
Parece que aún respira!  
Aún en su boca espira  
Sonrisa angelical:  
Callad! No vuelva el hálito  
Y en despertar violento,  
Bajo del firmamento  
Al mundo terrenal.

Bendice ángel purísimo  
Del cielo los arcanos,  
Vuela entre tus hermanos  
Que habitan el edén;  
No vuelvas ¡ay! al piélago  
Que henchido de dolores,  
Espinas da entre flores  
Y el mal brindando el bien.

Dichoso! Cuando etéreas  
Tus alas desplegabas  
Y al mundo te acercabas,  
Tu vida se cortó;  
Y mecido por cánticos  
De celestial dulzura,  
Dios de la tierra impura  
Feliz te arrebató.

Contén, madre, tus lágrimas:  
Ve que bien más fecundo  
No le otorgara el mundo,  
Al hijo de tu amor;  
Que acaso un día exánime,

Ya de luchar cansado,  
Cayera desplomado  
Cual tú por el dolor.

Que horrible fuera al férvido  
Cariño de tu alma  
Ver al hijo sin calma,  
Sus ayes escuchar;  
Y de mil duelos víctima  
Para tu amor perderle...  
Ay! Eso fuera verle  
Muerto sin reposar!

Hoy tu corazón tímido  
Halla abundoso llanto  
Que alivia tu quebranto,  
Calma tu padecer:  
¡Ay de ti cuando atónita,  
Por tanta desventura,  
No hallara tu amargura  
Lágrimas que verter!

Llora, que el llanto es bálsamo  
Que Dios otorga al bueno  
Que aún conserva en su seno  
Santa resignación:  
Deja que llanto pródigo  
Vaya tu mal curando,  
Y, al par cicatrizando  
Tu herido corazón!

Mas calla! que el enérgico  
Gemir de tu cariño,  
Pudiera al tierno niño  
Con su influencia herir...  
Silencio! En calma déjale,  
Domina tu quebranto:  
Es ya tan feliz, tanto...  
Déjale en paz dormir!

Contéplate entre célicas  
Sagradas armonías,  
Cercado de alegrías  
Que le reserva Dios;  
y en vez de ir a él indómita,  
Ven, sígueme muy quedo,

Y di cual yo, sin miedo:  
¡Adiós, ángel, adiós!

### UNA MARIPOSA

Libre te contemplé un día  
Luciendo espléndidas galas,  
Batiendo alegre tus alas,  
Entre la enramada umbría:  
Castas flores a porfía  
Te brindaban sus amores,  
Los céfiros voladores  
En sus brazos te llevaban,  
Y nubes y sol te daban  
Sus cambiantes de colores.

Mi pecho, que nunca entrada  
Dio a los instintos del mal,  
Te vio, y con amor fatal  
Te ambicionó aprisionada;  
No hubo por lograrlo nada  
Que mi astucia no intentó:  
Otro más feliz que yo  
Tu vuelo logró atajar,  
Te supo al aire robar,  
Y a mis plantas te ofreció.

Largo tiempo tu hermosura  
Bajo un cristal encerré,  
Y en tu posesión cifré  
Largo tiempo mi ventura.  
Pensé guardarte segura,  
Y hoy que en ti fijar me hiciste,  
Y a mi memoria volviste,  
Hice tu prisión quebrar,  
Y al irte ¡ay Dios! a tocar  
En polvo a mis pies caíste.

Muda, absorta, ni un lamento  
Pudo mi labio exhalar:  
¡Quién supo más que callar  
Si hablaba alto el sentimiento!  
Fuiste de mi pensamiento  
Pura y risueña ilusión,

Y con cuanta más razón  
Te creía sujetar,  
Mas debías destrozar  
Al huir, mi corazón.

Polvo, que eras mariposa  
Y mariposa mi amor,  
Ven de mi pecho al calor,  
Sobre el corazón reposa,  
Si ley, harto dolorosa,  
Te creó para morir,  
Y esa ley han de seguir  
Contentos al mal ajenos,  
Feliz yo, que en polvo al menos  
Guardarte he de conseguir.

Sé tú emblema de ventura  
De mis ilusiones bellas.  
Ay! del que no halla en pos de ellas  
Ni polvo en la sepultura!  
Yo labraré a tu hermosura  
Sepulcro en mi corazón,  
Y ojalá que esa mansión  
Nunca guarde otros despojos  
Que éstos a que dan los ojos  
Llanto de dulce emoción.

## EN EL VALLE

*A mi querida amiga C.*

A mis soledades voy,  
Con mis soledades vengo,  
Porque para andar conmigo  
Me bastan mis pensamientos  
—(Lope de Vega.)

Quieres que a la corte vaya  
Cuando de la corte vengo,  
Que su bullicio a mi alma  
Le da pena y no contento.

Esta soledad del campo  
Tiene para mi más precio,

Que tiene para el Monarca  
La posesión de su reino,  
Para una hermosa sus galas,  
Para una niña sus sueños,  
Para soldado valiente  
Sus victoriosos empleos,  
Y promesas amorosas  
Para enamorado pecho.

Dices que busco en el campo  
A mi tristeza alimento,  
Pero si es así, en buscarle  
Muestra el alma tal empeño,  
Que está la noche callada,  
Está silencioso el viento,

Están las aves dormidas,  
Dormidos están los ecos,  
Y está despierto y velando  
El corazón en mi pecho!  
No canto mis alegrías  
Ni lloro remordimientos,  
Que en esta calma y reposo,  
En este dulce sosiego,  
Busco el preciado deleite  
De mis propios pensamientos.

No valen las alegrías  
Que el mundo da, y quita presto,  
El susurro de la brisa,  
De las aves el gorjeo,  
De las flores el perfume,  
De la aurora los reflejos,  
De la tórtola el arrullo,  
El brillar de los luceros,  
Y la luz de blanca luna  
Que, copiándose en su espejo,

Cinta de argentada plata  
hace de humilde arroyuelo!  
Aquí se siente y se reza  
Cuando el resplandor incierto  
Del sol, al morir la tarde,  
Se oculta tras pardo cerro  
Y natura entona el himno  
Que va al trono del Eterno

Entre los ecos de bronce  
De la religión acento!

Nada a tan plácido cuadro  
Roba aquí su dulce efecto,  
Y el que siente y en el valle  
Se halla en instante tan bello  
Tiene la rodilla en tierra  
Y el espíritu en el cielo!  
Dichosos los que así sienten  
Y tanto gozan sintiendo,  
Que para ellos hizo Dios  
De natura los misterios.

Déjame que aquí me olvide  
En indolente sosiego  
De las dichas y las glorias  
Que el mundo da, y quita presto,  
Y que mi labio repita  
Con el célebre maestro:  
A mis soledades voy,  
Con mis soledades vengo,  
Porque para andar conmigo  
Me bastan mis pensamientos.

#### A CAROLINA CIVILI

(Hecha expresamente para el Liceo Piquer.)

La dulzura de la brisa  
Cuando gime en la enramada  
Misteriosa y perfumada,  
La indefinible sonrisa,  
De virgen enamorada;

Te transmitieron su encanto  
Para expresar la ternura,  
Y para el furor y el llanto  
Robaste al viento su espanto  
Y a los mares su bravura.

La hermosura te formó  
Con sus más preciados dones  
El genio su luz te dio,

La gloria, entre los llamados,  
Ha tiempo que te escogió.

Italia, cuna del arte,  
Meció tu cuna en su suelo,  
No puedes por Dios quejarte,  
Si fortuna al expatriarte  
Te trajo bajo mi cielo.

Que aquí, donde el sol se ostenta  
Con igual belleza y calma,  
El arte también alienta;  
Ven, nuestros artistas cuenta,  
Pues tienes de artista el alma.

Esta nación por su brillo  
Hermana es de tu nación,  
Que muestra en rico blasón  
A Velázquez y Murillo,  
A Lope y a Calderón.

Ven a pisar una escena  
Fecunda en ricos despojos,  
De gloriosos timbres llena:  
Alza aquí mismo los ojos,  
Tiende tu vista serena,

Y verás que siempre unidos  
Cual los unió su fortuna,  
Te saludan conmovidos  
Entro otros cien ya perdidos,  
Maiquez y la Rita Luna.

Ven donde casi respiran  
Luna, Latorre, Guzmán...  
Vivos sus triunfos están,  
y a los suyos que aún se admiran,  
Los tuyos se enlazarán.

Y para que mayor sea  
La grandeza que atesora,  
Aún como rica presea  
Nos guarda el arte a Teodora,  
Aún nos conserva a Romea!

Une a los suyos tu acento

Y lauros, flores sin fin  
Tendréis, que según yo siento,  
Para premiar el talento  
A España hizo Dios jardín.

Ven aquí donde ha vivido  
Siempre el arte, donde tiene  
El genio altar merecido...  
Aquel que artista ha nacido,  
A España, a su patria viene!

Deja en tanto al corazón  
Que, trémulo de emoción,  
Una flor te ofrezca aquí:  
En él creció, y para ti  
Cortola mi admiración!

### ¡CARIDAD EN FAVOR DEL ESCLAVO!

La sexta: Redimir al cautivo.  
Obras de Misericordia.

No es la gloria del vate ni el guerrero,  
No es el valer del poderoso y fuerte  
Lo que hoy despierta el ánimo altanero  
Y la lira a pulsar logra que acierte.

Sentimiento más dulce, voz más santa  
Impregnada de unción y de ternura,  
Llega a decirme con misterio: «¡Canta,  
Canta la Caridad, de Dios hechura!»

Caridad! Flor que naces entre abrojos  
Y escondida el perfume al cielo elevas,  
Llanto por riego pides a los ojos  
Que en beneficios a los pobres llevas.

Lozana te crió mi suelo hermoso,  
Do el corazón al sacrificio atento  
Raya hasta el heroísmo en generoso,  
Despierta a todo noble sentimiento.

Vuelve los ojos a la edad pasada

Y de mi patria a la brillante historia;  
Verás en cada página grabada  
Una acción de piedad, otra de gloria.

Si es mi España la España de Pavía,  
La que hundi6 del Alarbe la arrogancia,  
La que en Bail6n en m6s cercano d6a  
Venci6 al coloso y humill6 a la Francia;

Si es la que con esfuerzo sin segundo  
A Col6n distingui6 entre los humanos,  
Y le dijo: «¡Descubre un nuevo mundo!  
Trae a mi Religi6n nuevos hermanos!»

Tambi6n es 6sta la naci6n gloriosa  
Que acorri6 al desvalido con sus leyes,  
Y muestra dando de humildad piadosa,  
Quiso llamar Cat6licos sus Reyes;

Y coloc6 a sus hijos en el pecho  
La santa cruz que hermanos los aclama,  
Y con tan noble enseña, su derecho  
A sostener volaron y su fama.

Y cuenta damas de tan gran val6a,  
Que, prontas siempre a todo noble empeño,  
A6n dicen a la ardiente fantas6a:  
«¡No hay, con hijas as6, pueblo pequeño!»

Si buscamos aqu6 la mujer fuerte,  
Berenguela, Isabel, doña Mar6a,  
Con los cien hechos que su historia vierte  
En gloria envuelven a la patria m6a.

Patente ejemplo de humildad cristiana  
Muestra Casilda en su ferviente celo:  
Su ofrenda se torn6 rosas de grana,  
Mientras su caridad la eleva al cielo!

Antorcha de la fe Santa Teresa,  
Las oraciones del cristiano goza;  
Si en m6rtires Sagunto hizo gran presa,  
Hero6nas nos presta Zaragoza.

Oh! Naci6n donde tal valor alcance  
De la mujer la noble ejecutoria,

Empresa a que ella con ardor se lance,  
Emblema lleva ya de la victoria.

Una noble, cual no lo fue ninguna  
Que con el nombre de mujer se hermana,  
Hoy la llama; si no contesta alguna,  
Ésa no es española, ni es cristiana.

En las madres no más los ojos fijos,  
Espere libre ser quien gime esclavo...  
Ellas, que libres quieren a sus hijos,  
Vencer sabrán la esclavitud al cabo!

Madre, si dentro tu hogar,  
Templo de castos amores,  
Donde hizo el Señor brotar  
De tu cariño las llores  
Que el otoño no ha de ajar;

Donde reside el esposo  
Que libremente elegiste,  
Porque ventura y reposo,  
Bien y mal, con amoroso  
Corazón con él partiste;

Bajo el techo do aún respira  
Tu madre y respeto alcanza,  
Y cuando el alma suspira,  
Tierno hijo a ti se abalanza  
Y en sus labios tu ¡ay! espira;

Si ante esa flor celestial  
Que es de tu hogar alegría,  
Y en su bondad paternal  
Dios para consuelo envía  
Al desdichado mortal,

Te acuerdas de los que, fijos  
Del tormento en las cadenas,  
Sufren dolores prolijos,  
Y hasta les roban los hijos  
Que son sangre de sus venas;

Con cuánto afán, madre amante,  
Palpitante de emoción,  
Besarás al tierno infante!

Cómo, aún viéndole delante,  
Temblará tu corazón!

Oh! ¡qué no alcance en su edad  
De inocencia y de tersura,  
Que guarda la humanidad  
Bajo su apariencia pura  
Manchas de tal fealdad;

Que con el látigo armada  
A sus hermanos ofende,  
Y de sí propia olvidada,  
Al hijo en los brazos vende  
De su madre desdichada!

Ay! ¡si cual madre piadosa  
Al dejar tu hijo en el lecho,  
Haces sus labios de rosa  
Que devuelvan a tu pecho  
Con voz tierna y candorosa

La oración que eleva el alma  
Hasta la celeste altura,  
Haciendo dormir en calma  
Al que en su conciencia pura  
Busca de su bien la palma;

No le digas, madre, no,  
Que aquella oración cristiana  
Que su labio pronunció  
Y con su razón temprana  
Su alma hasta el cielo elevó,

Se ofrece al Dios de bondad  
Que, antorcha de eterna luz,  
Fuente de clara verdad,  
Redimió a la humanidad  
Enclavado en una cruz!

Que es fácil que de aquel labio  
Que el candor tan sólo mueve,  
Y eco del tuyo ser debe,  
Suba hasta Dios un agravio  
Si a preguntarte se atreve:

«Y dime: ¿no redimió

A esos hombres cual nosotros,  
Que esclavos papá llamó?  
¿Dijo Jesús que a éstos no  
Al redimir a los otros?»

¡Oh, madre, madre cristiana!  
¿Qué responder tu razón  
A esa pregunta profana  
Que de pedazos emana  
De tu propio corazón?

Busca al menos el consuelo  
De poderle responder  
A ese ángel que habita el suelo,  
Que a todos con su poder  
Hermanos nos hizo el cielo;

Que sólo la humana grey,  
Por su osadía impulsada,  
Holló la divina ley,  
Y por su orgullo arrastrada  
Hizo al esclavo y al rey,

Y si puedes añadir  
Que tú, aunque débil mujer,  
Por libre al esclavo ver  
Y al cautivo redimir  
Quieres tu óbolo ofrecer;

Ante ese niño a quien guías,  
Y ante el Dios a quien adoras,  
Comprarás las alegrías  
Que embellecerán tus días,  
Santificarán tus horas:

¡Que es el bien ante los dos  
Germen de fortuna cierta!  
¡De la caridad en pos,  
Ángeles abren la puerta  
Que nos conduce hasta Dios!

¡Oh! sí, toca a este siglo, toca a España  
Borrar tan fea mancha de su nombre;  
No conserva ¡oh rubor! nación extraña  
La inicua ley de esclavitud del hombre.

Atentas sólo al nacional decoro,  
Delitos del error todas suspenden;  
Y en más teniendo la razón que el oro,  
Al hombre ni le compran ni le venden.

¡Y España, la que supo poderosa  
Lograr, cual nunca de su honor avara,  
En este siglo tanta acción gloriosa,  
Tal borrón ella sola conservara!

¡No, jamás! Es hidalga y es clemente;  
Justicia, rectitud y amor proclama,  
Y dará protección al inocente  
Aumentando los timbres de su fama.

Ella sabe tender su noble mano  
Al que afligido su piedad implora,  
Y socorriendo al débil y al anciano,  
Dar madre al niño que a la suya llora;

Y levantar con entusiasta anhelo  
Monumentos de ciencias y de gloria,  
Que, descorriendo a su grandeza el velo,  
Hacen al par eterna su memoria.

Sí, que los años pasan, las edades  
Se borran y los siglos se suceden;  
Mas los hechos que ensalzan las ciudades  
Los años pasan y borrar no pueden.

Por eso este período de su gloria  
Pasará a las edades venideras:  
Ella supo trazar su propia historia  
En páginas brillantes, duraderas.

Dicen unas en piedra: Arquitectura;  
Otras en bronce dicen: A la ciencia;  
Otras en ríos de oro: Agricultura;  
Otras con santo amor: Beneficencia.

Ésta sólo, legítima victoria  
Ante los buenos y ante Dios alcanza:  
La ciencia y el valer nos da la gloria!  
La caridad al cielo el alma lanza!

Nunca mayor la concibió el anhelo

Que al hombre dar la libertad hermosa;  
Hecho noble que honor dará a este suelo  
Y el contento a toda alma generosa.

Que salvar tristes víctimas sin cuento  
Es honra y prez del corazón cristiano,  
Del corazón, que a su doctrina atento,  
Al hombre llama prójimo y hermano.

La mujer, ese ser dulce y piadoso  
Que con llanto consuela, sufre y reza,  
Y cuyo eco sentido y cariñoso  
Vencer logra del hombre la entereza,

Llore y suplique porque santa aurora  
Luzca de libertad para el esclavo...  
Qué no consigue la mujer que llora!  
Qué no alcanzan sus súplicas al cabo!

Legítima y cumplida recompensa  
En sí hallará de acción tan generosa,  
Y le darán felicidad intensa  
La gratitud del hijo y de la esposa.

Y un más allá que excede a todo anhelo  
Le espera en mundo de eternal ventura:  
A los buenos su bien los guarda el cielo!  
La piedad nos conduce hasta el altura!

Que quiso Dios el alma pecadora  
Guiar hasta su trono soberano,  
Y escribió, como enseña protectora  
Sobre la senda, CARIDAD, su mano!

## EL CRISTO DE VILLAREJO

(Leyenda del siglo XV)

I

Hay en el vasto contorno  
De la provincia de Ávila,  
Un pequeño pueblecillo  
De una colina a la falda

Que Villarejo del Valle  
Se nombra, y al que dan fama

Los Condes del nombre mismo  
Que en ella su origen hallan,  
Y alto castillo feudal  
En su recinto levantan.

No se halla en él labradora  
Más apuesta y más galana  
Que la gentil Mari-Ramos  
Hija de Pero de Gracia.

Ni hay ojos que más deslumbren  
Bajo la toca nevada,  
Ni boca que más provoque  
Al trastorno de las almas,

Ni talle más torneado  
Con el justillo de grana,  
Ni pie que más bello asome  
Por entre la burda saya.

Fuera Mari-Ramos digna  
Por su hermosura galana,  
Su candorosa inocencia,  
De otra fortuna más alta;

Mas como si Dios quisiera  
Que porque más resaltaran  
Sólo belleza y virtudes  
Fuesen sus únicas galas,

Pobre nació, único vástago  
De quien la tierra que labra  
Sus frutos no ha de ofrecerle  
Aunque el sudor suyo empapa.

Tierra es del conde D. Sancho,  
Señor de aquella comarca,  
Con merced de horca y cuchillo  
Sobre la gente villana,

Que no por ver estas muestras  
De su castillo a la entrada  
Por rendirle vasallaje

Unos a otros se adelantan,

Que vale el conde D. Sancho  
Por la nobleza del alma,  
Más que valen sus escudos  
Y riquezas heredadas;

Que si éstas le dan derechos,  
Pechos aquélla lo gana.  
No hay pobre que no le adore,  
Ni vasallo que no alzara

Su voz proclamando serlo  
Del que mercedes derrama  
Sobre el pobre, el afligido  
Y el que a su piedad se ampara.

Vive Ramiro, vasallo  
Del Señor de la comarca,  
Que de vasallo nacido  
Al vasallaje le llama.

Cinco lustros sólo cuenta  
El buen Ramiro de Azara,  
Y es apuesto cual ninguno,  
De alma fuerte y mano airada,  
Torpe para humilde esteva,  
Fuerte para ruda lanza.

Cautivo vive en los ojos  
De Mari-Ramos de Gracia,  
Y es fama que no le escucha  
Sin agrado la villana,

Cuando una tras otra copla  
Ramiro, a su puerta canta,  
Y en más de un sitio los vieron  
Platicando en voz tan baja,

Que aún el viento no murmura  
Por escuchar sus palabras,  
Y ni el viento a saber llega  
Lo que se dicen sus almas.

No va con el cantarito  
Mari-Ramos a por agua,

Sin ir a rezar al Cristo  
Que está en la ermita cercana;

Si bien la gente murmura  
Que es de tal devoción causa  
El buen labriego Ramiro  
Que cerca el arado arrastra.

Murmuradora es la gente,  
Y en murmurar anda osada,  
Que si ante un Cristo se citan  
Dos almas enamoradas,

Es que vivir apetecen  
De Cristo bajo la guarda,  
Y respetar se debiera  
Amor que a Cristo se ampara.

## II

Aguarda al morir la tarde  
Al pie de un álamo viejo  
Que muy cercano a la ermita  
Le da sombra y nombre a un tiempo,

Que ermita llaman del álamo  
Aún más que de Villarejo,  
La villana Mari-Ramos  
Más hermosa que el sol bello.

Breve rato ha que aguarda  
Después de acabar sus rezos,  
Cuando un mancebo se acerca  
Diligente con extremo,

Y al verle llegar la joven  
Clava su vista en el suelo.  
-Mi María, mi señora,  
Con enamorado acento

Dice Ramiro, posando  
La vista en su rostro bello.  
Nunca tan dichosa el ave  
Es al ver a sus hijuelos,

Ni la flor al recibir  
De la aurora el casto beso,  
Como yo cuando a tu lado,  
María gentil, me encuentro.

Bendito tu corazón  
Que dio al mío justo premio!  
Bendito Dios que nos da  
Para querernos, aliento!

Mas qué tienes tú, mi vida,  
Que con ademán suspenso  
Ni cual sueles me sonríes,  
Ni respondes a mi acento?

-¡Ay mi Ramiro! murmura  
Con triste amoroso eco  
La gallarda labradora  
Del Valle de Villarejo:

Siento pesar en el alma,  
Sin saber porqué le siento;  
Pero hoy mi padre no envía  
Granos de oro al raudo viento,

Que al castillo del buen Conde  
No ha mucho partir le hicieron  
Órdenes de su señor  
Que acatar es lo primero.

No sé porqué este mensaje  
De temor llena mi pecho.  
-No temas, si de mi lado  
No te arranca el hado adverso.

-Mi Ramiro!...  
-Mi María!...  
-Me quieres?  
-Que si te quiero!

-Calla, que lo sé, bien mío,  
Harto en tu rostro lo leo!  
Y si no ¿por qué al mirarme  
Bajas los ojos al suelo,

Cual si al mirarme quisieran

Revelar dulce misterio,  
Que de los dos en el alma  
Vive escondido hace tiempo?

Por qué cuando en mí te fijas  
Confuso mis ojos cierro,  
Cuando mirarme en los tuyos  
Fuera mi mayor anhelo,  
Por si en ellos se retratan  
Escondidos pensamientos?

Por qué te hallo suspendida?  
Por qué a mi vez me suspendo?  
Es que no encontramos frases  
O no las busca el deseo,

Por qué aunque estamos callando  
Callando nos entendemos?  
Ay! benditos los instantes  
En que dos así suspensos,  
Cuando palabras les sobran  
Confusos guardan silencio.

Jamás tu labio me diga  
Palabras, que puede el viento  
Llevarse por el espacio  
Si no las guarda tu seno;

Que por muy dulces que sean,  
Han de decir mucho menos  
Que lo que dicen tus ojos  
Con sus miradas de fuego.

-Mi Ramiro!  
-Mi María!...  
No siente crecer tu pecho,  
Por ventura de los dos,  
Este amor que es mi embeleso?

Dime que el tiempo le aumenta,  
Dime que no cede al tiempo.  
-Ceder? si sólo son vivos  
Cuando nacen los afectos,

Nace el tuyo cada día  
En el fondo de mi pecho,

Según cada día grande  
Más que el anterior le siento.

¡Acaso de Dios las obras  
Nacer cada día vemos,  
y ves que siempre nos dejan,  
Siempre, el ánimo suspenso?

Desde el instante en que abriste  
A la luz tus ojos negros,  
No viste en el valle flores  
Con cien matices diversos?

No recibiste del aura  
Los embriagadores besos?

No admiraste de la luna  
El brillar dulce y sereno,  
Y allá, en la callada noche  
Estrellas mil en el cielo?

y sin embargo, esas flores,  
De la luna los reflejos,  
El suspirar de la brisa,  
El brillar de los luceros,

Hubo un instante, uno sólo,  
Que al admirarlos de nuevo  
No impresionaran tu espíritu,  
No conmovieran tu pecho?

Pues así, así de tu labio  
Los misteriosos acentos,  
Así la ignorada magia  
De tus miradas de fuego.

Nuevas siempre al alma mía  
Turban del alma el sosiego;  
Encadenan mis palabras  
Y embotan mi pensamiento.

Ay! siempre nueva tu imagen  
Más y más grabo en mi pecho,  
Y nueva siempre la admiro,  
Como nuevas siempre creo

Las flores que ornan el valle,  
Del aura el suspiro tierno,  
La luz de la blanca luna  
Y las estrellas del cielo

### III

Aquí del dulce coloquio  
Los enamorados llegan,  
Cuando su plática cortan  
Pasos que de cerca suenan.

Vuelven entrambos los ojos,  
Y ven que hacia ellos se acerca  
Un anciano, que azorado  
Quiere llegar con presteza,  
Cual si olvidase sus años  
Por dar quizá faustas nuevas.

-Padre, murmura la joven,  
Adelantándose inquieta,  
Por qué en vuestro rostro advierto  
De agitación claras muestras?

¿Quizá señor incurristeis  
En falta por vez primera,  
Y por vez primera, falta  
Al buen Conde la clemencia?

Hablad, que se halla mi alma  
De vuestros labios suspensa.

-¡Ojalá fuese una falta  
Motivo de mi tristeza,  
Que, piadoso mi señor,  
Nunca su rigor emplea

Contra el que leal vasallo  
Delinque por vez primera!  
Nuevas bien dichosas son  
Las que traerte me ordena,

Mas por serlo tan dichosas  
Atada tienen mi lengua,  
Que temo que con su dicha

Labren tu desdicha eterna.

-Padre!

-Señor!... de Ramiro

Murmura torpe la lengua,  
Hablad, de una vez sepamos  
Si vida o muerte la espera.

-Llamome el Conde, cual sabes,  
Con su paje, y con presteza  
Al mensajero seguí,  
Cual vasallo que desea,

A la orden de su señor,  
Oponer la diligencia.

Paso el puente me ofreció,  
Que hizo jugar sus cadenas,  
Y puse mi débil planta  
En la señorial vivienda.

Crucé salas, cuyas tapias  
La vista busca y no encuentra,  
Bajo armas y coseletes,  
Bajo venablos y flechas,  
Bajo cabezas y pieles  
De jabalíes o ciervas,  
o bajo retratos, todos  
De mirada tan severa,  
Que a reñirme parecía  
Que todos se dispusieran,  
Por haber puesto mi planta  
Donde ellos la faz conservan.

Entré a un camarín, do el Conde  
Sentado junto a una mesa  
De púrpura revestida,  
Y apoyando la cabeza  
En el sillón que sus armas  
Coronan con noble enseña,  
Me aguardaba para darme  
Tan inesperadas nuevas.

Nunca su rostro animó  
Expresión más placentera,  
Ni el dictado de, buen Conde,

Mejor le otorgó mi lengua.  
«Pero, dijo, dar resuelvo  
A mis estados Condesa,  
Señora y dueña a mi casa,  
y a mi vida compañera.

Esposa elegir podría  
De grande alcurnia y riqueza,  
Que por sus timbres valiese  
Tanto como por sus prendas.

Yo, sin embargo, que en poco  
Tengo las glorias ajenas,  
Porque juzgo que las propias  
A más de diez honor dieran;  
Esposa humilde elegí,  
y del Rey tengo licencia  
Para elevar hasta mí  
La que ya en mi pecho reina.

No adivinas en quién puse  
Los ojos y el alma entera?»  
«No, murmuré, mas dichosa  
Debe llamarse la sierva,  
Besando el polvo que pisa  
Su señor, que a tal grandeza  
La levanta compartiendo  
Con ella nombre y riqueza.»

«Dáme entonces, Pero, albricias,  
A tu hija Mari las lleva  
Que quien vive hace ya tiempo  
En mi corazón, es ella:  
Ve, mi resolución dile,  
Que yo te sigo de cerca.»

Y aquí me tenéis, añade  
El anciano con tristeza,  
Primer portador, sentido  
De aportar dichasas nuevas.

Sin saber lo que les pasa,  
Mudos, con el alma yerta,  
Los dos jóvenes le escuchan  
Sin que un ¡ay! su alma conmueva.

Breve pausa entre los tres  
Por unos momentos reina.  
Míranse Mari y Ramiro,  
Con mirada tan intensa,

Que salir parece el alma  
Entre la mirada aquella.  
-¡Mi María!  
-¡Mi Ramiro!  
-¿Qué harás?  
-Morir, que esto es fuerza;

Pues poder y amor unidos  
En separarnos se empeñan.

-¿Sabe el Conde nuestro amor?  
-Y aunque acaso le supiera,  
Por un vasallo, su gusto  
Quieres infeliz que tuerza?

-¡Ah, bien dices! ¡el señor  
Manda, el vasallo ni aun piensa!  
Su ley es obedecer,  
Contra el señor no hay defensa,

Y si un capricho lo arrastra...  
-Detén, mancebo la lengua,  
Que ni mi gusto es mi ley,  
Ni el ser vasallo tu mengua!

Mudos los tres se quedaron  
Ante estas frases severas,  
Que del Conde su señor  
Les revelan la presencia.

Baja María los ojos  
Que abundoso llanto ciegan  
Pero de Gracia murmura  
Súplica sentida y tierna,

Y Ramiro, en cuyos ojos  
El enojo se revela,  
Ni excusa busca, ni cede  
En su mirada altanera.

El buen Conde contemplando

Expresiones tan diversas,  
Con ademán mesurado  
Prosigue de esta manera:

-No es hoy la primera vez  
Que en una doncella mesma,  
Señor y vasallo cifran  
Amor, dicha y existencia.

No sé a lo que otro osaría  
Si en mi lugar estuviera,  
Sé lo que a mi hacer me toca,  
Y en ello mi honor se empeña:

Si tú a Mari-Ramos quieres,  
Mi única ventura es ella,  
y ni es justo tu cariño  
Atropellar con mi fuerza,  
Ni, porque soy tu señor,  
He de dejarte la prenda  
Que a mi igual disputaría  
Cuerpo a cuerpo en lid sangrienta.

Preste aquí, pues, la razón  
Contra la pasión defensa!

Dispuesto estás a luchar  
Sin sacrificio y sin tregua,  
Por llegar a merecer  
Lo que hoy la suerte te niega?

-A luchar, y hasta morir,  
Si no triunfo en la contienda,  
Que es Mari-Ramos mi vida  
Y ésta la pierdo al perderla!

-Basta, desde hoy en olvido  
Queden arado y esteva,  
Y en busca de medro o muerte  
Parte Ramiro a la guerra.

Cuando vuelvas más honrado  
Y espada manejar sepas,  
Con las armas en la mano  
Me disputarás tu prenda,  
Haciéndote yo un honor

Que nunca soñar pudieras.

En las Cortes que en Medina  
D. Juan ha poco tuviera,  
Dineros y hombres nos pide  
Para rechazar sin tregua  
A Navarra y a Aragón  
Que, con airada insolencia,  
En vez de estarse en las suyas  
Se meten por nuestras tierras.

A enviar voy cien jinetes  
Al frente de mi bandera.  
Parte con ellos; un plazo  
Fija tú para tu vuelta,  
Y si al cabo de él no vienes,  
Dueño de más altas prendas  
Mari-Ramos vendrá a ser  
De mis estados Condesa.  
-¡Oh, señor, a vuestras plantas  
Dejadme besar la tierra!  
-Alza.  
-Viva mi señor.  
-¡Bendita tu piedad sea!  
Murmura la casta joven  
Con tímida y torpe lengua.

-Basta ya, fijad un plazo...  
-¡Dos años!  
-Cuando ellos vengán,  
No vengas, aquí Ramiro  
Por tu ya perdida prenda,  
Que a fuer de buen castellano,  
Te juro no he de cederla  
Ni a los ruegos, ni al cariño,  
La osadía ni la fuerza;  
Hoy es tu propia humildad  
Quien vence mi resistencia!

#### IV

Todos los nobles acuden,  
y a D. Juan II acorren,  
Que aprestos para la guerra  
Con nuevo brío dispone.

Todos compiten a una,  
Y hacen que su esfuerzo asombre:  
Todos arman los jinetes  
En los que encuentran más dotes,  
Para que sus estandartes  
Más campo adentro tremolen.

Ya en torno de su castillo  
El conde D. Sancho oye  
El relinchar de los potros,  
Los pífanos y atambores,  
El chocar de los arneses,  
El piafar de los bridones,

El tumulto de cien ecos  
Que a otros cien ecos responden,  
Ya con tierna despedida  
Ya con belicosas voces,

Del claro sol en los cascos  
Reflejan los resplandores,  
Y en las cotas y en las lanzas  
De los bravos campeones,

Que detrás de la celada  
Rostro juvenil esconden,  
Y detrás de cada malla  
Un pecho henchido de amores.

Dichoso el que con victoria  
A los patrios lares torne!  
¡Ay de aquél que con la muerte  
Su noble empresa corone!

De uno en su andar agitado  
La impaciencia se conoce,  
Que quizá al partir más pronto  
Volver antes se propone.

Brillante arnés cubre el pecho  
Que, palpitando de amores  
Bajo la parda bayeta  
Dejaba sentir sus golpes,

Y espuelas ornan los pies

Que vistieron hasta entonces  
Calzas, y casco con plumas  
Completa su marcial porte.

Aún más lucido ropaje  
En el corazón vistiose,  
Que el amor y la esperanza  
Con sus risueños colores  
Para cubrirle de galas  
Se han puesto entrambos conformes.

Ya se ordenan los jinetes,  
Ya se presenta el buen Conde,  
Ya por todos los semblantes  
Rebosa ardimiento noble,  
Y amor patrio, afán de gloria,  
Todos los pechos esconden.

Torna el Conde la bandera  
En que va escrito su nombre  
En seis vistosos cuarteles  
De matizados colores,

Que así escribirle supieron  
En todo tiempo los nobles,  
Y así el del Conde trazaron  
Ilustres progenitores.

La toma, y de sus jinetes  
Al frente, dice el buen Conde:  
-Aquí lleváis, mis valientes,  
De cien caudillos el nombre,  
La fama, el blasón, la gloria  
Que no empañaron traidores.

Aún sus hechos resplandecen  
Cual luz de otros tantos soles,  
Y aún alienta su memoria  
En los bravos corazones;

No temo que la ultrajéis,  
Pues vuestros pechos esconden  
Noble sangre castellana  
Que la traición desconoce;

Mas aquel que de vosotros

Más brioso al campo corre,  
A esta enseña con su brazo  
Mástil glorioso le otorgue.

Cien ecos contestar quieren  
Y ofrecerse se proponen,  
Cuando un jinete, de un salto  
Del corcel las filas rompe,  
Y junto al Conde llegando,  
Pide ser el que tal logre.

-¿Tú, Ramiro?

-Mi señor...

Coronad vuestros favores,  
Dejando que esa bandera  
Mis nobles hechos pregone.  
-Tómala, pues, y no olvides  
Los deberes que te impone.

-Conmigo volverá honrada  
Al campo de mis mayores,  
O mi sudario glorioso  
Será en la guerra, buen Conde!

Vivas a D. Sancho suenan,  
Vivas a D. Juan responden,  
Y difundiendo en los aires  
Los pífanos sus acordes,

Por los campos de Castilla  
Se alejan los escuadrones  
Que de Villarejo ilustre  
Van a sostener el nombre

Contra los aragoneses,  
A los que batir dispone  
El Rey D. Juan, el segundo  
Que hubo España de tal nombre.

Fama, del Rey alcanzaron  
Los castellanos pendones,  
Contra Aragón y Navarra  
Que mutuamente se acorren.

En cien gloriosos encuentros  
Los guerreros, que del Conde

De Villarejo sostienen  
En la guerra fama y nombre,

Airosamente supieron  
Sacar su glorioso escote;  
Mas la batalla de Olmedo,  
Cara por su mal costoles,

Que muchos ¡ay! con la vida  
Sellaron su arrojo noble;  
Y Ramiro, que una lleva  
Y otra bandera arrancole

A un enemigo, cercado  
Se ve por número doble...  
Lucha, pelea... vencido  
Casi está el valiente joven...

Pasar hace sus banderas  
A mano segura entonces...  
Y con nuevo brío arrostra  
Del combate los furores.

...

Nadie volvió a saber de él,  
Y muerto, o entre prisiones,  
Quedó el valiente guerrero  
Que con tal brío portose,  
Añadiendo un nuevo timbre  
Al nombre de sus señores.

V

Todo son fiestas y galas  
De Villarejo en la villa,  
Todo algazara en los rostros,  
Todo júbilo ha tres días,

Que esos hace que el buen Conde  
Su ventura apetecida  
Cumplirse ha visto, llevando  
Al altar a su María.

Con grandes fiestas el Conde  
Tal ventura solemniza,  
Y aún más con sus beneficios

La celebra y la publica,

Que en la de los otros, halla  
El pecho hidalgo su dicha.  
Festeja a la par también  
La victoriosa venida

De los bravos campeones  
Que, término a las fatigas  
De la guerra dan, volviendo  
Con natural alegría

Al campo de su señor  
A quien todos ver codician,  
Y recibir de él el premio  
De su valor e hidalguía.

Triste los miró alejarse!  
Más triste los ve María  
Cuando cumplidos dos años  
A sus hogares volvían,  
Y Ramiro, que fue entre ellos,  
Entre ellos ¡ay! no venía!

Todos sus brillantes hechos  
Con lengua franca atestiguan,  
Todos arrancar le vieron  
La enseña a mano enemiga;

Mas ninguno desde entonces  
A Ramiro visto había,  
Y eso que D. Juan Segundo  
Prometió en su alta justicia

Mercedes y señoríos  
A quien, en su mano altiva,  
Humilló a la castellana  
La aragonesa divisa.

Lágrimas riegan las galas,  
Por las que trueca María  
Su justillo y burda saya,  
Su toca y su monterilla;

Mas, aunque triste y llorosa,  
Jamás se vieron unidas

A preesas más preciadas  
Belleza más peregrina.

Paño de Flandes bordado,  
Traje que en la tierra frisa,  
Su talle ciñe, el que cubre  
Manto de grana finísima.

Toca de perlas mantiene  
Su cabellera cautiva,  
Y collar con tres patenas,  
Con Jesús, José y María,

Adornan con ricas piedras  
Su garganta alabastrina.

Galán el conde D. Sancho  
Junto a la novia camina,  
Pero más que con sus ropas,  
Se engalana con su dicha,  
Que son sus ojos ventanas  
Donde asoma la alegría,  
Rebosando de su pecho,  
Do estar no sabe escondida.

El primer día recorren  
En brillante comitiva  
Los hogares más humildes  
Que en todo el condado había,  
Dejando en ellos los dones  
Que su caridad les dicta,

Para que todos celebren,  
Sin clases ni jerarquías,  
El día en que su señor  
Cumplir ha visto su dicha.

El segundo, al monte acuden  
con monteros y jauría,  
Que es de todos los placeres  
Que el Conde tiene en estima,

El que le aficiona más  
La caza de montería.  
En bella alazana blanca  
Con bordada mantellina,

La Condesa iba con ellos  
Cual reina de la partida,  
Y al recibir los trofeos  
Que a sus pies todos rendían,  
Mal la sonrisa sus lágrimas  
Disimular pretendía.

Para el tercero, el buen Conde  
Las justas dispuesto había:  
Se ve la plaza cercada  
Y no lejana a la villa,

Y en ella el estrado alzado  
Y engalanado se mira  
Con ricos paños de Flandes,  
Y adamascadas cortinas,  
Desde el cual entrambos cónyuges  
El torneo presidían.

Mantenedores del campo,  
Cinco jinetes en fila  
Se ven, los más esforzados  
Que al Monarca de Castilla  
Secundaron en Simancas,  
Olmedo y otras cien villas.

Da la señal el rey de armas:  
De dos el valor se admira,  
Que, calada la visera,  
Adarga con mote encima,  
Malla ajustada en el cuerpo  
Y en la diestra lanza en ristra,  
Se encuentran en su carrera  
Valerosa y atrevida.

Salta una lanza en pedazos,  
Espadas desnudas brillan,  
Y a los primeros reveses  
Uno en tierra cae sin vida.  
Tocan seña, y un segundo  
Toma carrera, y aprisa  
Consigue de su contrario  
Volar la lanza hecha astillas.

Ya la victoria por éste

Iba a quedar decidida,  
Cuando caballo y jinete  
Ruedan por la arena fina,  
Quedando al fin el primero  
Con la victoria y la vida.

Todos los cuatro vencidos  
Caer los ve en buena liza,  
Y ya a recibir el premio  
Ya con expresión altiva,

Cuando la señal anuncia  
Nuevo adalid, que al oírla,  
La valla del campo salta  
Con arrogancia atrevida.

Las negras plumas del casco  
Amoroso el viento riza,  
Férrea malla de su cuerpo  
Los contornos modifica,

Y en la adarga que presenta,  
Y la muchedumbre admira,  
Lleva este lema, que forma  
Del encubierto divisa.

No lidia para vencer  
Quien sólo morir codicia  
Reñida fue la contienda;  
Dos veces se inutilizan  
Las armas, y otras dos veces  
Otras piden, y ambos lidian.

Por fin el recién llegado  
Las victorias conseguidas  
Suyas hace en un momento,  
Dejando a sus pies vencida  
La mano que consiguiera  
Cuatro victorias seguidas!

Bravos y aplausos el viento  
En sus alas difundía,  
Y tímido el caballero,  
Quizá con alma sentida  
Por la victoria alcanzada,  
A avanzar no se atrevía,

Ni a tomar la roja banda  
Que tiene harto merecida.

Tan tímido para el premio  
Cuanto audaz es en la lidia,  
Trémulo ante la Condesa  
Llega y dobla la rodilla,  
Y al tomar la banda roja  
Con mano trémula y fría

Triste gemido se escapa  
Por la celada bruñida,  
Y dos lágrimas rodando  
Por su tostada mejilla,  
Dejan al besar la banda  
En ella dos manchas vivas.

Siente entonces la Condesa  
Emoción desconocida,  
Levántase del estrado,  
Vuelve a su castillo aprisa,  
Y todas sus camareras  
Cuentan al siguiente día,

Que el lecho de su señora  
Intacto encontrado habían,  
Mientras que a cuantos los ven,  
Sus ojos rojos decían  
Que las dos ardientes lágrimas  
Que en la banda visto había,  
El manantial de las suyas  
Descubrieron por desdicha.

## VI

No durmió, no, la Condesa,  
Ni su rostro de marfil  
Descansó sobre la almohada  
Aquella noche, en que fin  
Dieron las fiestas dispuestas  
Por su himeneo infeliz.

Asomada a la ventana  
Del severo camarín,  
Ayes da al viento, que juega

Con su cabello sutil.

De repente, al pie del muro  
Parécele distinguir  
Sombra que se va acercando,  
Y al cabo se para allí.

Dulce música de cítara  
Alcanza su oído a herir  
Y voz dulce y lastimera  
Que evoca recuerdos mil

En su pobre pensamiento,  
Y hace el corazón latir,  
Lleva hasta ella este romance  
Que hace sus dichas morir.

«Dicen los que te conocen,  
Los que viven junto a ti,  
Los que observan tus acciones,  
Que no te acuerdas de mí;

Y al mirarte yo, señora,  
El torneo presidir,  
Junto a quien supo matarme  
Sin dar a mis males fin,

Y ni mi lanza se escapa  
Ni se dobla mi cerviz,  
Ni sobre la arena ruedo  
Falto de aliento viril,  
Juzgo que verdad afirman  
Los que afirman por ahí,  
Que ni yo de ti me acuerdo  
Ni tú te acuerdas de mí.

¿Mas por qué al tocar mi mano,  
Temblar la tuya sentí,  
Y las rosas de tu cara  
Tornarse de nácar ví?

¿Por qué entre las mil venturas  
Sueño realizado al fin  
Con que te brinda la suerte,  
Sueles triste sonreír,  
Y entre la oración suspiras,

Y hasta en el mismo festín  
El llanto empaña tus ojos  
Si no te acuerdas de mí?

¿Por qué yo, que hace dos años  
Tus ecos de amor perdí,  
En todas mis impresiones  
Vuela mi mente hacia ti,  
Y ni en medio del combate  
Ni de agitado dormir,  
Desechar puedo tu imagen,  
Que está siempre, siempre aquí?

Ay! en tanto que a los dos  
No nos llame Dios a sí,  
En tanto que nuestro pecho  
Sienta el corazón latir,  
Hasta que el último sueño  
Ponga a nuestra vida fin,  
Viendo al par de la existencia  
Nuestras desdichas morir...  
Yo, murmuraré tu nombre!  
Tú, te acordarás de mí!!»

Entregados estos ayes  
Al viento que huye sutil,  
El trovador aquejado  
Pártese presto de allí.

Síguele de la Condesa  
La vista fija y febril,  
Y ya verle no podía  
Y aún le ven sus ojos ir...

Y viéndole todavía  
La aurora la encuentra allí!  
Vístese ropas de luto  
Y dispónese a salir,  
Y cuando las cumbres dora  
El sol con rojo matiz,  
Asomándose a las puertas  
Que aurora acaba de abrir,

Encubierta la Condesa  
Con un paje tras de sí,  
A la ermita se dirige

Del Cristo, que veces mil,  
Se dignó de un puro amor  
Los juramentos oír.

Con lágrimas acompaña  
Lo que al Cristo va a pedir,  
Y es ¡ay! valor para ella!  
Para el mancebo infeliz,  
Fortuna, mucha fortuna,  
Mas lejos, lejos de allí!

Cuando enjugados sus ojos  
Consiguen ya distinguir,  
De frescas flores el campo  
Hecho con mano gentil,  
Ve un ramillete harto humilde  
Sobre el blanco altar lucir.

Abalánzase y le toma,  
Y huye azorada y febril,  
Como si el hurto que lleva,  
En su frente de marfil  
Fuese escrito por la mano  
Del Dios que la vio salir!

De entonces día por día  
Con rosas, mirto y jazmín,  
Se ve ornado el santo altar  
Del Cristo, que veces mil,  
Quiso de Mari y Ramiro  
Los juramentos oír:

Flores con que la Condesa  
Quiere el hurto resarcir,  
Sin comprar así la calma  
De su espíritu infeliz,  
Pues suelen sus camareras  
En sus cuentos referir,

Que atribulada su ama  
Pasa noches más de mil  
Asomada a la ventana  
Del severo camarín,  
Dando suspiros y que el eco  
Suele a veces repetir;

Mas nadie ha visto jamás  
Acercarse por allí  
Galán, encubierto o paje,  
Que los pueda recibir.  
Son suspiros que se escapan  
Sin rumbo, objeto ni fin,  
Hijos de memorias tristes  
Que Dios sabe a do han de ir!

De entonces va unida al Cristo  
De Villarejo, y yo oí,  
Una piadosa leyenda  
Que al corazón va a decir  
Que la imagen Sacrosanta  
Del Redentor que está allí,

Del amor que es tierno y puro  
El lenguaje quiere oír,  
Y suerte ofrece a la virgen  
Que dobla ante él la cerviz  
Dándole resignación  
Si su amor hace morir.

Por eso acuden las niñas  
De Villarejo al confín,  
Y en la ermita, se prosternan  
y a su frente de marfil,  
Mientras que reza su labio,  
El rubor suele salir.

Por eso el altar del Cristo  
Ornan siempre flores mil,  
Que la piedad y el amor  
Colocan de intento allí,  
Y al Cristo de Villarejo  
Van por su amor a pedir.

FIN